



Id e invitad a todos al banquete (cf. Mt 22, 9)

Meditaciones para las lecturas de la Santa Misa para el Mes Misionero de octubre de 2024

A petición de la Pontificia Unión Misional, han colaborado en la escritura de estas meditaciones:

- Para los domingos: P. Yoland Ouellet, o.m.i., Director Nacional OMP, Canada de habla francesa
- Para los días de la semana:
 - 1-14 de octubre: P. Karl Wallner, Director Nacional OMP, Austria
 - 15 y 23 de octubre: P. Pierre Diarra
 - 16-22 de octubre: P. Jafet Alberto Peytrequín Ugalde, Director Nacional OMP, Costa Rica
 - 24-31 de octubre: P. Dennis C. J. Nimene, Director Nacional OMP, Liberia.

Martes, 1 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria de Santa Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia

Jb 3, 1-3, 11-17, 20-23; Ps 88; Lc 9, 51-56

Hoy marca el comienzo del Mes Mundial de las Misiones, que culminará con el Domingo Mundial de las Misiones. Desde hace muchos años, la “misión” es una preocupación importante de la Iglesia, de los Papas, de los obispos y de muchos movimientos... La buena voluntad está presente entre muchos. Entonces, ¿por qué se da tan poco?

Quizás nos falte un poco de la determinación y constancia de Jesús en el cumplimiento de su misión, de la cual escuchamos en el evangelio de hoy: “Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén”. Y continuó el camino con perseverancia, pero también con paciencia con aquellos que no entendían ni compartían su misión, así como con los campesinos samaritanos que se negaban a aceptarlo. Así enseñó a sus discípulos la nueva actitud, la nueva forma de ver las “cosas nuevas” en el cumplimiento de la misión de Dios.

El Papa Francisco escribe en *Evangelii Gaudium* 22 que todo en la Iglesia debe ser misionero. ¿Y nosotros? Seguimos con muchas estructuras muertas, hacemos “lo mismo de siempre”, aunque podemos ver que muchas cosas están desapareciendo. ¿Cuánta energía invertimos en nuestras parroquias y comunidades en cosas que no tienen afán misionero? Cosas que eran buenas y fructíferas hace 50 o 30 años quizá ya no lo sean hoy. Una iglesia misionera también debe tener el coraje de abandonar lo que está muriendo y atreverse a probar algo nuevo. Recordamos lo que Jesús dijo a quien quería seguirlo en el episodio evangélico inmediatamente posterior al de hoy: “¡Deja que los muertos entierren a sus muertos!” (cf. Lc 9, 60).

No es casualidad que el mes misionero de octubre comience con la fiesta de santa Teresa de Lisieux, que, desde niña, quiso seguir radicalmente a Jesús y lo hizo por gran amor hasta su temprana muerte. Menos aún es para nosotros una coincidencia que octubre no sea sólo el mes de la Misión Mundial, sino también el mes del Santo Rosario. Porque para aceptar la invitación de nuestro Señor a una entrega radical a Él y a su misión, necesitamos la oración y la intercesión de la mujer que dijo: “¡He aquí la esclava del Señor! Me pongo enteramente a disposición de la misión de Dios en este mundo”.

Miércoles, 2 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria de los Santos Ángeles de la Guardia

Ex 23, 20-23; Ps 91; Mt 18, 1-5, 10

Pasamos los primeros 20 años de nuestras vidas aprendiendo a ser adultos. A medida que crecemos, adquirimos percepciones, educación, conocimientos y habilidades sin los cuales este mundo no funcionaría. Un mundo en el que sólo hubiera niños sería caos y anarquía. Entonces, ¿qué quiere decir Jesús cuando dice: “si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18, 3)?

Jesús se refiere a dos actitudes. En primer lugar, la actitud de ser pequeños: no debemos creernos nada, no debemos sentirnos mejores que los demás. En el reino de los cielos de Cristo, los últimos son los primeros y los pequeños son en realidad los grandes. La segunda actitud que debemos aprender de los niños: los niños se dejan llevar. Incluso si a veces son testarudos y a menudo quieren salirse con la suya pronto: saben que necesitan ayuda de mamá y papá, ayuda “de arriba”.

Hoy es la fiesta de los santos ángeles custodios. Jesús dice de los niños que “sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18, 10). La esencia de los ángeles es estar centrados en Dios. La misión de los ángeles hacia nosotros es orientarnos hacia Dios. Nuestras mentes deben centrarse en lo celestial, no en lo terrenal. Nuestra mirada debe estar fijada en la meta, en Dios, para que nuestra vida no se pierda en las sinuosas líneas de las trivialidades.

Como cristianos, necesitamos más que nunca a los santos ángeles para poder comprender mejor nuestra misión. El primer objetivo de la Iglesia debe ser difundir la fe en Jesucristo. Sólo Él es poderoso con su gracia; sólo es posible si somos pequeños y humildes. Y sólo podemos marcar una diferencia en este mundo si nos centramos en lo real y esencial: sólo en Dios. Querido ángel de la guarda, por favor ayúdame a ser humilde e infantil. ¡Y por favor dirige todos mis esfuerzos hacia Dios!

Jueves, 3 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Jb 19, 21-27; Ps 27; Lc 10, 1-12

Jesús envía a los apóstoles, y descubrimos que aquí se menciona un número inusual: no son 12 apóstoles, sino 72. Todo niño sabe que fueron 12 los apóstoles. 12 representa la plenitud de las tribus de Israel. El número es tan importante que tras la partida de Judas antes de Pentecostés, se añade Matías como el duodécimo. Y el número también juega un papel en la Iglesia actual, ya que el Papa se asegura de que siempre haya alrededor de 120 cardenales menores de 80 años, es decir, que estén autorizados a elegir al Papa.

Lucas describe el envío de los discípulos, y llama la atención que sean 72, no sólo 12, sino 5×12 . Puede ser que el ilustrado Lucas esté aludiendo a los 72 eruditos judíos que se dice que tradujeron la Biblia hebrea al griego, razón por la cual esta traducción se llama simplemente "Septuaginta", que significa "setenta".

72 también significa simplemente que no son SÓLO los 12 apóstoles, que aparecen enumerados por su nombre en muchos lugares de los Evangelios, sino más. Y esto tiene algo que ver con nosotros como cristianos hoy: es erróneo pensar que SÓLO los obispos, SÓLO los sacerdotes etc. son enviados, hay MÁS. El magisterio de la Iglesia, los Papas, especialmente Francisco, no se cansan de decir que TODO bautizado ya tiene una misión en virtud del bautismo.

Estamos en el mes misionero de octubre y el evangelio es un examen de conciencia: ¿somos conscientes de que tenemos una misión; ¿somos conscientes de que dar testimonio del evangelio puede costarnos el honor? que nos puede costar tiempo y dinero, que nos puede costar superación; que tenemos que esperar el rechazo y el ridículo. Dejemos de recostarnos cómodamente y culpar a otros del declive de la fe cristiana:

Yo mismo debo finalmente hacer algo, he sido elegido por el Señor desde el bautismo, soy uno de los 72 a quienes el Señor dice aún hoy: "¡Ve! ¡Te estoy enviando!"

Viernes, 4 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria de San Francisco de Asís

Jb 38, 1,12-21; 40, 3-5; Ps 139; Lc 10, 13-16

No es difícil para nosotros, los cristianos de hoy, apreciar a san Francisco como un humilde “pobrecillo”. En general, se aprecia el compromiso con los pobres, los enfermos y los desposeídos. Incluso personas alejadas de la fe y críticas con la Iglesia encuentran fantástico que los cristianos defiendan a los débiles y pobres.

Si no queremos simplemente “admirar” a san Francisco exteriormente, deberíamos mirar primero su amor por Cristo. La Madre Teresa, una versión femenina de Francisco, nos mostró este amor por Jesús: en la adoración ante el Santísimo Sacramento, mirando al Hijo de Dios, encontró la fuerza para cuidar de los moribundos que yacían como basura apestosa en las calles de Calcuta. Francisco era tan apasionado en su amor por Jesús que incluso grabó sus estigmas en su cuerpo. La oración y la Eucaristía no son un fin en sí mismas; con ellas nos unimos a Jesús y recibimos la fuerza para amar como él amó.

Ninguno de nosotros tiene una glándula hormonal que produzca “desinterés” y “devoción”. Cuando amamos a Jesús, se abre en él un manantial que fluye a través de nosotros. Luego nos transforma en amantes. ¿Por qué? Porque el fuego que arde en el corazón de Jesús de repente arde en nosotros. Se produce una identificación que realiza Jesús: “Quien a vosotros escucha, a mí me escucha...” (Lc 10, 16).

Y luego la “misión” viene de forma bastante automática: porque si el amor de Jesús arde en ti, automáticamente tienes el deseo de transmitir su fuego. Esto significa que quien se une a Jesús y se deja herir por su amor tiene una misión, una misión. San Francisco se sintió impulsado a predicar el Evangelio y hablarle a la gente acerca de Jesús. Era tan “misionero” que fue a Egipto en 1219 y predicó sobre el Señor Jesucristo al sultán Malika Al Kamil.

San Francisco nos enseña que nuestra misión tiene su origen donde estamos en contacto con Jesús. Su misión es el amor. Y entonces nos convertimos en parte de su misión: a través de la caridad activa y el testimonio intrépido.

Sábado, 5 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria libre de santa Faustina Kowalska, virgen

Jb 42, 1-3, 5-6, 12-17; Ps 119; Lc 10, 17-24

Aquí están nuevamente los 72 que el Señor envió. No sólo 12 apóstoles, cuyos nombres conocemos bien y a quienes honramos como fundamentos de la Iglesia y origen del oficio de obispo y sacerdote. No, regresaron otros 60 discípulos anónimos. Estos anónimos y desconocidos son todos los bautizados, independientemente de que tengan responsabilidades especiales por la ordenación o por la vocación religiosa o incluso por un ministerio eclesial. ¡Todo bautizado es enviado, como subraya repetidamente el Papa Francisco!

Y los 72 tienen buenas noticias, porque los poderes del mal les obedecen en cuanto pronuncian el nombre de Jesús. Si queremos convertirnos en una iglesia misionera, entonces debemos darnos cuenta urgentemente de esto: NOSOTROS no hacemos el futuro de la iglesia, solo somos instrumentos. Somos sólo instrumentos. El Señor del cielo y de la tierra es nuestro Salvador, Jesucristo. ¡Cuando solo confiamos en nuestras propias fuerzas, solo pueden suceder cosas miserables y débiles! ¡Los humanos sólo pueden producir cosas humanas, pero Dios puede hacer cosas divinas!

Jesús concede a sus discípulos un poder que no proviene de ellos, sino de su presencia en nosotros. Por eso es bueno recordar a los santos de hoy: santa Faustina Kowalska tenía sólo 35 años, era una mujer débil que sólo por esto sabía: debo unirme completamente a Jesús, entregarme completamente a él. Y así, en su retiro en Varsovia, fue elegida por Jesús para ser misionera de la misericordia. Quería que todos los hombres, especialmente los alejados de Dios y los pecadores, experimentaran los rayos de gracia de la misericordia divina. Ella vivió, trabajó y oró por esto; Ella sacrificó su joven vida por esta causa.

Examinemos nuestra conciencia: ¿Estoy suficientemente “apegado” a Jesús? ¿Es importante para mí que sea predicado? ¿Quiero que todas las personas experimenten el amor misericordioso de Dios?

Domingo, 6 de octubre de 2024

XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gn 2, 18-24; Ps 128; Heb 2, 9-11; Mc 10, 2-16

En este primer Domingo Misionero de octubre, ¡comencemos reconociendo las bendiciones que el Señor ha querido darnos desde la creación del mundo! La bendición de los esposos que se ayudan mutuamente (primera lectura); la bendición de la vida familiar y la felicidad de caminar por los caminos del Señor (salmo); la bendición de la santificación que nos da Jesucristo y que nos conduce por el camino del amor (segunda lectura); y, finalmente, la bendición de los corazones de los niños que acogen la vida del Reino (evangelio).

En este Mes Misionero, celebremos entonces a aquellos bendecidos por el Señor que, en su vida consagrada al Señor, así como en la vida de los matrimonios y de las familias, se comprometen, en nombre de su fe, a construir el Reino de la justicia, fraternidad, ayuda mutua, caridad y solidaridad. A través de ellos, Dios obra para unir a las personas y ayudar a los más pobres y necesitados. Juntas, y no solas, las personas aprenden a superar el individualismo, el egocentrismo y la dureza de corazón, y a crecer en el amor, el compartir, el olvido y la entrega de sí. Estamos acostumbrados a ver sacerdotes y comunidades religiosas comprometidas con la causa del Reino de Dios; nuestros tiempos nos ofrecen la gracia de los matrimonios y familias misioneras, y también de los movimientos que asumen el desafío misionero: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28, 19) “¡Id e invitad a todos al banquete!” (Mt 22, 9) (lema del DOMUND 2024). Comentando el lema elegido, el Santo Padre dijo: “Los dos verbos que expresan el núcleo de la misión —“vayan” y “llamen” con el sentido o significado de “inviten”— están colocados al comienzo del mandato del rey a sus siervos. Respecto al primero, hay que recordar que anteriormente los siervos habían sido ya enviados a transmitir el mensaje del rey a los invitados (cf. vv. 3-4). Esto nos dice que la misión es un incansable ir hacia toda la humanidad para invitarla al encuentro y a la comunión con Dios. ¡Incansable! Dios, grande en el amor y rico en misericordia, está siempre en salida al encuentro de todo hombre para llamarlo a la felicidad de su Reino, a pesar de la indiferencia o el rechazo. (Mensaje para el Día Mundial de las Misiones de 2024).

De la VII Catequesis del Papa Francisco sobre la Pasión por la Evangelización recordemos lo siguiente: “Dice el Concilio: «La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado» (Decr. Apostolicam actuositatem [AA], 2). Se trata de una llamada que es común, «como común es la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad» (LG, 32). Es una llamada que se refiere tanto a aquellos que han recibido el sacramento del Orden, como a las personas consagradas, como a cada fiel laico, hombre o mujer, es una llamada a todos”.

La misión es cuestión del corazón que acoge el Reino. La beata Paulina Jaricot lo descubrió en su vida de oración y lo resumió muy bien: “La oración es el Reino de Dios en nosotros. ¡Que nuestros corazones sean desbordados por el amor infinito de Jesucristo!” La misión es también una cuestión de anunciar el Reino de Dios, siempre cercano, amoroso y misericordioso.

Jesús dice: «Id proclamando que el Reino de los cielos está cerca» (v. 7). Esto es lo que hay que decir, ante todo y siempre: Dios está cerca. Pero, nunca olvidemos esto: Dios siempre está cerca del pueblo, Él mismo lo dijo al pueblo. Dijo así: “Mirad, ¿qué Dios está cerca de las Naciones como yo estoy cerca de vosotros?”. La cercanía es una de las cosas más importantes de Dios. Son tres cosas importantes: cercanía, misericordia y ternura. No olvidar esto. ¿Quién es Dios? El Cercano, el Tierno, el Misericordioso (Catequesis 4. La pasión por la evangelización).

Oremos para que cada persona, cada matrimonio, cada familia encuentre la bendición y la belleza del proyecto de amor para ellos. Si acogemos el Reino de Dios en nosotros como hijos de Dios, nuestro corazón dará frutos de amor, de ayuda mutua, de comunión y de unidad, y veremos la felicidad, como dice el salmista. Que Santa Teresa del Niño Jesús nos guíe en la misión de todos los bautizados durante este Mes Misionero. El Papa Francisco, inspirado por ella, nos dice:

De hecho, los misioneros, de los que Teresa es patrona, no son solo los que hacen mucho camino, aprenden lenguas nuevas, hacen obras de bien y son muy buenos anunciando; no, misionero es también cualquiera que vive, donde se encuentra, como instrumento del amor de Dios; es quien hace de todo para que, a través de su testimonio, su oración, su intercesión, Jesús pase. Y este es el celo apostólico que, recordémoslo siempre, no funciona nunca por proselitismo —¡nunca! — o por constricción —¡nunca! —, sino por atracción: la fe nace por atracción, uno no se vuelve cristiano porque sea forzado por alguien, no, sino porque es tocado por el amor. (Catequesis 16. La pasión por la evangelización).

El Papa Francisco presenta el testimonio de un laico venezolano que fue misionero e instrumento del amor de Dios donde quisiera que fuera: el Beato José Gregorio Hernández Cisneros. Nació en 1864 y aprendió la fe sobre todo de su madre, como contó: «Mi madre, que me amaba, desde la cuna, me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios y me puso por guía la santa caridad». Estemos atentos: son las madres las que transmiten la fe. La fe se transmite en dialecto, es decir con el lenguaje de las madres, ese dialecto que las madres saben hablar con los hijos. Y a vosotras madres: estad atentas en el transmitir la fe en ese dialecto materno.

Verdaderamente la caridad fue la estrella polar que orientó la existencia del beato José Gregorio: persona buena y solar, de carácter alegre, estaba dotado de una fuerte inteligencia; se hizo médico, profesor universitario y científico. Pero sobre todo fue un doctor cercano a los más débiles, tanto para ser conocido en la patria como “el médico de los pobres”. Cuidaba a los pobres, siempre. A la riqueza del dinero prefirió la del Evangelio, gastando su

existencia para socorrer a los necesitados. En los pobres, en los enfermos, en los migrantes, en los que sufren, José Gregorio veía a Jesús. Y el éxito que nunca buscó en el mundo lo recibió, y sigue recibéndolo, de la gente, que lo llama “santo del pueblo”, “apóstol de la caridad”, “misionero de la esperanza”. Bonitos nombres: “Santo del pueblo”, “apóstol de la caridad”, “misionero de la esperanza” (Catequesis 20).

Él demuestra que, como proclama la Palabra de Dios este domingo: “si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (1 Jn 4, 12).

Lunes, 7 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria obligatoria de Nuestra Señora del Rosario

Hch 1, 12-14; Lc 1, 46-55; Lc 1, 26-38

Octubre es el mes de la misión mundial. Y es el mes del santo rosario. Originalmente, el rosario era una oración meditativa inventada en los monasterios para contemplar la vida de Jesús. Debido a que es una oración muy sencilla en la que sólo se repiten las oraciones básicas “Padre Nuestro”, “Ave María” y “Gloria al Padre”, pronto se hizo muy popular entre los hermanos laicos. Y luego, los dominicos, difundieron también el rezo del rosario entre los fieles comunes y corrientes. El cordón de oración que pronto surgió es una ayuda y un recordatorio para orar con regularidad.

Es una coincidencia que en octubre coincidan el tema “Rosario” y “Misión Mundial”. Misión no es colonización; La misión no es la expansión imperial de una ideología religiosa que se siente superior a las demás. La misión es la humilde invitación a abrirnos a Dios, que quiere redimirnos y sanarnos. María se abre a esta invitación, que le hace el ángel Gabriel. “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

En 1822, la beata Pauline Marie Jaricot (1799-1862) fundó una asociación llamada “Sociedad para la Propagación de la Fe”. Quería recolectar donaciones y oraciones para las misiones. En 1826, fundó el “Rosario Viviente” y, hasta el final de su vida, reunió a más de 2 millones de franceses que rezaban una decena del rosario cada día por la misión mundial. La obra de la Beata Paulina María Jaricot fue elevada a la categoría de “Obra Misional Pontificia” por Pío XI en 1922. Es sorprendente que las obras del Papa para las misiones mundiales no surgieran de una estrategia vaticana, sino de la iniciativa de oración de una joven, ¡una laica!

Si queremos ayudar a la misión mundial, ¡debemos orar! Sin oración no hay misión, porque el Espíritu Santo es -como dice repetidamente el Papa Francisco- el motor de la misión mundial. Nuestra oración del rosario también se vuelve “brillante” cuando la rezamos con espíritu misionero: por los muchos que aún no conocen a Cristo. Y para nosotros en Europa: especialmente para los jóvenes, para que reconozcan el sentido último y la razón de su vida en el Dios a quien María dijo: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

Martes, 8 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gal 1:13-24; Ps 139; Lk 10:38-42

Recordémoslo: Dios mismo es el Señor de la historia, obra su salvación. Él espera que cooperemos, pero es absolutamente erróneo si pensamos que NOSOTROS tenemos que redimir y salvar al mundo. Hoy todos corremos el peligro de caer en la falsa doctrina de Pelagio, quien en el siglo IV pensaba que sólo teníamos que arremangarnos y entonces lograríamos salvar nosotros mismos al mundo y a la Iglesia. Sin gracia. San Agustín, que ya había experimentado la superioridad de la gracia en el momento de su conversión, criticó a Pelagio. ¡Y con razón!

Sólo podemos cambiar el mundo con la ayuda de Dios; sólo confiando en su obra, en su ayuda, en su gracia. El “¡sí podemos!” que los políticos han utilizado como eslogan en los últimos años como motivación debe complementarse urgentemente con una visión cristiana: “¡Sí, podemos, con la ayuda de Dios!”

Ayer fue la fiesta del Rosario y recordamos que la misión necesita oración. Una vez más: no somos los amos del mundo, solo somos colaboradores en la obra de Dios. Necesitamos al Dios a quien los Salmos ya reconocen el dominio sobre toda la tierra.

Los Padres de la Iglesia son unánimes al decir que el Evangelio de hoy nunca debe interpretarse como si Marta hubiera hecho algo mal o incluso demonico. Marta trabaja por amor: cocina, cuida, hace el bien a su huésped, a Jesús. María, en cambio, simplemente se sienta a los pies de Jesús y lo escucha; ella está completamente concentrada en él, el divino Salvador. La lección que Jesús le da a Marta es una lección que le da a los pelagianos de hoy, quienes piensan que podemos hacerlo y arreglarlo nosotros mismos.

En octubre, Mes Mundial de las Misiones, tenemos muchas ideas, muchas iniciativas, muchos eventos para cuidar el futuro de la Iglesia. Eso está bien. Pero también es necesario que nos “abandonemos”. No somos nosotros quienes creamos el futuro de la iglesia, sino el Señor mismo.

Sin el servicio de Marta, por supuesto, la iglesia no funcionará, pero si falta la prioridad de escuchar y confiar en Jesús, no lo lograremos.

Miércoles, 9 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gal 2, 1-2, 7-14; Ps 117; Lc 11, 1-4

Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar. Jesús responde inmediatamente y con alegría. Y les enseña una breve oración de súplica a Dios, su Padre, que es también “nuestro Padre”. Debemos señalar que ésta es realmente la única oración que Jesús enseña personalmente a sus apóstoles, incluyéndonos a nosotros.

Los judíos conocían muchas formas de oración: acción de gracias, alabanza, petición, adoración, etc. Los Salmos ofrecen un amplio espectro de oración. Por tanto, es tanto más interesante que Jesús enseñara a los discípulos una oración de petición. En el Evangelio de Mateo, el Padrenuestro consta de siete peticiones; Aquí en Lucas encontramos cinco peticiones.

En los últimos años, la oración de petición ha entrado en crisis. Es filosóficamente difícil entender por qué una personita debería pedirle algo a Dios, que de todos modos lo sabe y lo puede todo... ¿Qué sentido tiene? Por influencia de la religiosidad oriental, que se ha vuelto cada vez más popular en los últimos 50 años, “orar” se ha entendido más como un alivio subjetivo de uno mismo. La “oración” como algo que es sobre todo “bueno para mí”. A través de la oración, no muevo a Dios a hacer algo, sino que me cambio a mí mismo.

En realidad, esto es un ateísmo latente, porque ya no confiamos en que Dios haga nada en este mundo. La oración de súplica sólo tiene sentido en mí, en el cambio de mis actitudes, de mis estados de ánimo. Pero, ¿realmente Jesús enseñó a sus discípulos estas grandes peticiones del Padrenuestro sólo para que pudieran tranquilizarse...? ¡Claramente no! Jesús espera todo de Dios, su Padre, y quiere que nosotros hagamos lo mismo. ¡Por supuesto que Dios no necesita nuestras oraciones! Pero él las QUIERE. Por eso Jesús dice: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá” (Mt 7, 7).

En el mes misionero de octubre, debemos rezar conscientemente el Padrenuestro por la misión mundial. Todas las peticiones del Padre Nuestro tienen una dimensión misionera: misión significa querer que el nombre de Dios sea santificado, que el Reino de Dios amanezca en el corazón de los hombres; para que todos vivan con justicia y tengan el pan que necesitan; que llegue el perdón misericordioso y que Dios ponga fin a la guerra, la discriminación, el hambre, la violencia y la destrucción de nuestro hábitat, la tierra...

Jueves, 10 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gal 3, 1-5; Le 1, 69-75; Le 11, 5-13

Hay decenas de pasajes en el Evangelio donde Jesús promueve intensamente la oración petitoria. Hoy Jesús nos motiva no sólo a orar persistentemente, sino también a no tener miedo de molestar a Dios con nuestras peticiones.

La lección que Jesús nos está dando hoy fue precedida por algo: sus discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar. Jesús les hace una oración, una oración de petición: El Padrenuestro consiste sólo en pedir. Jesús no les enseña alabanza, acción de gracias, adoración... sin duda quiere que nosotros hagamos lo mismo, porque él mismo practica todas las formas de oración. ¡Pero principalmente les enseña a hacer grandes peticiones a Dios! Y nos asegura firmemente que seremos escuchados. ¡Es por eso que la Iglesia también enseña que cada una de nuestras oraciones será atendida! Por supuesto, siempre de acuerdo con la voluntad de Dios, porque sólo Él sabe lo que es mejor para nosotros.

Para él es importante que nuestra oración sea “perseverante”. Pero debemos tener en cuenta: cuando le pedimos a Dios, no debemos esperar que Dios sea especie de máquina de Coca-Cola en la que inserto mis oraciones como una moneda de 2 euros. Y entonces la lata de cola sale rodando inmediatamente... Perseverancia significa que realmente que tengo que involucrarme en una especie de lucha con Dios, que tengo que poner toda mi confianza en Dios. Esto requiere tiempo, paciencia, perseverancia e incluso terquedad.

Hay un ejemplo célebre de oración persistente que también fue “misionera”. La “misión” de santa Mónica era llevar a su hijo Agustín a Cristo. Ella oró y sufrió por él durante muchos años. Podemos modificar la respuesta que le dio un sacerdote: “¡Vete en paz, un niño de tantas lágrimas no se puede perder!”: “Alguien por quien se reza tanto no se puede perder”.

¡Jesús quiere motivarnos tanto a orar que incluso nos motiva a molestar a Dios, a ser insistentes! ¡Esto significa que nunca pides demasiado, nunca oras demasiado! Esto es particularmente importante para la misión mundial porque a menudo hemos descartado a personas. Corremos el peligro de resignarnos simplemente al hecho de que tanta gente en este planeta aún no conozca a Cristo; y que muchos de los que han sido bautizados vivan como paganos. No, esa resignación no es cristiana. Llamemos de nuevo a la puerta de Dios nuestro Padre que está en el cielo y pidámosle encarecidamente que todos los hombres puedan experimentar la salvación.

Viernes, 11 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gal 3, 7-14; Ps 111; Lc 11, 15-26

Estamos en el mes mundial de las misiones, cuyo punto culminante es el Domingo del DOMUND. La Iglesia lo celebra desde 1926, cuando el mundo y la Iglesia se encontraban en una época endemoniada. Los demonios del nacionalismo habían conducido a la primera gran guerra mundial y con su terminación, los demonios no habían desaparecido en modo alguno, sino que arrasaban aún con más ferocidad, alimentados por terribles crisis económicas. Durante este tiempo, el Papa Pío XI (1922-1939) se opuso a las hostilidades y rivalidades de las naciones contra la autoridad de Cristo. Su lema es programático y dice: “Pax Christi in regno Christi - ¡La paz de Cristo en el reino de Cristo!”

Uno de los exorcismos de su tiempo fue la fundación de las Obras Misionales Pontificias en 1922, donde transformó tres asociaciones misioneras nacionales francesas existentes en una organización “papal”, universal. La Iglesia fue un actor de globalización desde el principio, trascendiendo todas las fronteras raciales, étnicas y políticas. La lista de 17 (¡!) grupos étnicos que se reúnen alrededor de Pedro y los discípulos llenos del Espíritu en Pentecostés (Hechos 2, 9-11) es testimonio de esto.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de expulsar demonios. Dice de sí mismo: “si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11, 20). No cometeremos el error de siglos anteriores, cuando la iglesia con sus instituciones, jerarquías y órganos, estaba virtualmente identificada con el reino de Dios. La iglesia no es el reino de Dios. Pero sirve al reino de Dios, a su reinado en el corazón de todos los pueblos y en la unión de todos los pueblos.

Pío XI no sólo fundó las Obras Misionales Pontificias en 1922, sino que también introdujo el “Domingo Mundial de las Misiones” en octubre de 1926, en aquel momento como preparación a la Fiesta de Cristo Rey, que, en 1925, estableció se celebrase el último domingo de octubre. Se trata de un signo de solidaridad mundial entre los cristianos católicos que oran con y por los demás. Se trata de solidaridad, de recaudar apoyo financiero en todas las iglesias del mundo y de crear un equilibrio justo dentro de la Iglesia. El Domingo Mundial de las Misiones echa de nosotros, los católicos, los demonios de la “autorreferencialidad” (Papa Francisco). Abre nuestros corazones y los abre a la solidaridad global. Hoy en particular, el Domingo Mundial de las Misiones es una contribución importante para garantizar que “la paz de Cristo esté presente en el reino de Cristo” (Pío XI).

Sábado, 12 de octubre de 2024

XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

~~Gal 3, 22-29; Ps 105; Lc 11, 27-28~~

¿Qué pasa con nuestra devoción a María, la Madre de Dios? Es un fenómeno psicológico normal: si eres “fan” de alguien, automáticamente desarrollas una devoción por su madre. En otras palabras, cuando el hijo se convierte en una estrella, esto automáticamente implica a la madre, como lo demuestra un vistazo a la historia familiar de Elvis Presley, Michael Jackson o Elton John...

Pero nuestro Señor y Salvador no quería ser “Jesucristo SuperStar” al estilo de Andrew Lloyd Webber, y tampoco quería eso para su madre ni para sus discípulos. Ser adorado en el exterior siempre fue demasiado poco para él. Y aún así, no lo rechazó porque no había venido a combatir los fenómenos psicológicos naturales, sino a elevarlos a lo sobrenatural. Por lo tanto, no se defendió de la adoración personal, de la simpatía y la “adulación” que se le mostraba. Permite que la multitud lo salude como a un héroe cuando entra a Jerusalén. Pero su motivo para ir a Jerusalén no es establecer un culto a las estrellas a su alrededor, sino para que un soldado que lo apuñale en el corazón en la cruz pueda decir: “¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!” (Mc 15, 39) Y a partir de ese momento, millones y miles de millones de personas profesarán su fe en él.

Podemos; podemos y debemos amar a María con todos nuestros afectos. Lo femenino y lo materno también juegan un papel, porque cada persona tiene una relación especial y naturalmente tierna con su madre. ¡Eso está permitido! Sí, su vientre es bendito porque se le permitió llevar dentro de sí a quien los cielos no pueden contener. Sí, su pecho está bendito porque se le permitió amamantar con la leche de su madre a quien quiere ser alimento para todos nosotros en la Eucaristía. Jesús se encarnó para poder abrazar a esta mujer cuando era un bebé, a quien luego nos entregaría como madre en la cruz. El Vaticano II dice de él: “Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre” (Gaudium et spes 22).

Lo natural es el requisito previo de lo sobrenatural. Si amamos a Jesús, automáticamente amaremos a aquella que hizo posible su encarnación y que le sirvió como ningún otro ser humano. Pero una “adoración” de María sería demasiado poco. Jesús quiere discipulado, Jesús quiere imitación. San Bernardo de Claraval (+1153) dice: “Invoca a María, piensa en María. No dejes que su nombre abandone tu corazón. ¡Sobre todo, no os olvidéis de imitar su ejemplo!”

Domingo, 13 de octubre de 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Sab 7, 7-11; Ps 90; Heb 4, 12-13; Mc 10, 17-30

En este Mes Misionero, nos interpela la llamada de Cristo a seguirlo, a dejarlo todo por el Evangelio y por la vida eterna. Quiere personas humildes de corazón, que busquen vivir sólo de las riquezas de su Palabra, que oren para recibir e irradiar su sabiduría. Ser discípulo-misionero nos lleva a renunciar a las riquezas de este mundo y a elegir las únicas riquezas que pueden satisfacer nuestro corazón: las riquezas del amor del Señor, como pide el Salmo de hoy. “¡Sáicianos de tu misericordia, Señor, y estaremos alegres!” (Sal 90).

El Papa Francisco puso el ejemplo de Madeleine Delbrêl como buscadora de Dios que vivió en el agnosticismo hasta los veinte años. Luego partió en busca de Dios con una sed profunda y un vacío que gritaba en su angustia. Su camino de fe la llevó a elegir una vida totalmente dedicada a Dios, en el corazón de la Iglesia y del mundo. “Deslumbrada por el encuentro con el Señor, escribió: «Una vez que hemos conocido la palabra de Dios, no tenemos derecho de no recibirla; una vez recibida no tenemos derecho de no dejar que se encarne en nosotros, una vez encarnada en nosotros no tenemos derecho de tenerla para nosotros: desde ese momento pertenecemos a aquellos que la esperan» (La santidad de la gente común, Milán 2020, 71)” (Catequesis 25. La pasión por la evangelización). ¿No es eso lo que testimonia la carta de este domingo a los hebreos? La palabra de Dios es viva y eficaz (Cf. Hb 4, 12), y se encarnará en nosotros para que podamos dar testimonio de ella a los demás.

Otro discípulo-misionero que dejó todo para seguir a Cristo y ser testigo de su Evangelio es el hermano Charles de Foucault. “Después de haberse convertido acogiendo la gracia del perdón de Dios en la Confesión, revela la razón de su vivir. Escribe: «He perdido mi corazón por Jesús de Nazaret». El hermano Carlos nos recuerda así que el primer paso para evangelizar es tener a Jesús dentro del corazón, es “perder la cabeza” por Él. Si esto no sucede, difícilmente logramos mostrarlo con la vida. Más bien corremos el riesgo de hablar de nosotros mismos, de nuestro grupo de pertenencia, de una moral o, peor todavía, de un conjunto de reglas, pero no de Jesús, de su amor, de su misericordia” (Catequesis 23. La pasión por la evangelización).

El discípulo-misionero ha encontrado el tesoro del que habla Jesús en el Evangelio de hoy. Prosiguiendo su catequesis sobre Carlos de Foucault, el Papa habla de este tesoro: “Y conociendo a Jesús, nace en él el deseo de darlo a conocer. Siempre sucede así: cuando cada uno de nosotros conoce más a Jesús, nace el deseo de darlo a conocer, de compartir este tesoro. Al comentar el pasaje de la visita de la Virgen a santa Isabel, le hace decir: «Me he donado al mundo... llevadme al mundo». Sí, pero ¿cómo? Como María en el misterio de la Visitación: «en silencio, con el ejemplo, con la vida». Con la vida, porque «toda nuestra

existencia – escribe el hermano Carlos – debe gritar el Evangelio». Y muchas veces nuestra existencia grita mundanidad, grita muchas cosas estúpidas, cosas extrañas y él dice: “No, toda nuestra existencia debe gritar el Evangelio”. Entonces decide establecerse en regiones lejanas para gritar el Evangelio en el silencio, viviendo en el espíritu de Nazaret, en pobreza y en lo escondido. Va al desierto del Sahara, entre los no cristianos, y allí llega como amigo y hermano, llevando la mansedumbre de Jesús- Eucaristía.” (Catequesis 23).

La promesa de Jesús a cualquiera que deje todo atrás por él y por el evangelio es entrar en la vida eterna, ¡el reino! ¡Esto es imposible para el hombre, pero posible para Dios! En este Mes Misionero, celebremos la continua llamada de Dios a todos a seguirlo y a entregarse por el Evangelio y el Reino. Finalmente, permitamos que Dios haga posible nuestro deseo de abrazar la misión de todo corazón. Esta llamada se refleja también en el tema del próximo domingo, la Jornada Mundial de las Misiones: “Id e invitad a todos al banquete (cf. Mt 22, 9)”.

En “Ven y sígueme”, como en “Ve e invita a todos”, hay una llamada a ir. Volvamos al testimonio de Madeleine Delbrel: “«Para estar contigo en tu camino, es necesario ir, también cuando nuestra pereza nos suplica que nos quedemos. Tú nos has elegido para estar en un extraño equilibrio, un equilibrio que puede establecerse y mantenerse solo en movimiento, solo en un impulso. Un poco como una bicicleta, que no se sujeta sin dar vueltas [...] Podemos estar rectos solo avanzando, moviéndonos, en un impulso de caridad». Es lo que ella llama la “espiritualidad de la bicicleta” (Sentido del humor en el Amor. Meditaciones y poesías, Milán 2011, 56). Solamente en camino, corriendo, vivimos en el equilibrio de la fe, que es un desequilibrio, pero es así: como la bicicleta. Si tú te paras, no se sujeta” (Catequesis 25 La Pasión por la Evangelización).

El rico del Evangelio que busca la vida eterna no ha encontrado la alegría, sino la tristeza del materialismo. Al contrario, para quienes han encontrado la verdadera alegría en darlo todo y elegir a Jesús, el Papa Francisco nos recuerda que hoy es un momento oportuno para anunciar a Jesús y la alegría del Evangelio: “Así, como los dos de Emaús, se vuelve a la vida cotidiana con el impulso de quien ha encontrado un tesoro: estaban felices, estos dos, porque habían encontrado a Jesús, y ha cambiado su vida. Y se descubre que la humanidad abunda de hermanos y hermanas que esperan una palabra de esperanza. El Evangelio es esperado también hoy: el hombre de hoy es como el hombre de todo tiempo: lo necesita, también la civilización de la incredulidad programada y de la secularidad institucionalizada; es más, sobre todo la sociedad que deja desiertos los espacios del sentido religioso, necesita de Jesús. Este es el momento favorable al anuncio de Jesús. Por eso quisiera decir nuevamente a todos: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»” (Catequesis 26).

Finalmente, unámonos al Papa Francisco para dar gracias durante este Mes Misionero por todos aquellos que han respondido a la llamada de dejarlo todo por la proclamación del Evangelio:

“Aprovecho la ocasión para agradecer a los misioneros y misioneras que, respondiendo a la llamada de Cristo, han dejado todo para ir lejos de su patria y llevar la Buena Noticia allí donde la gente todavía no la ha recibido o la ha acogido recientemente. Queridos hermanos, vuestra generosa entrega es la expresión tangible del compromiso de la misión ad gentes que Jesús confió a sus discípulos: «Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos» (Mt 28,19). Por eso continuemos rezando y dando gracias a Dios por nuevas y numerosas vocaciones misioneras dedicadas a la obra de evangelización hasta los confines de la tierra.” (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2024).

Lunes, 14 de octubre de 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Gal 4, 22-24, 26-27, 31-5:1; Ps 113; Lc 11, 29-32

En el Evangelio de hoy, Jesús pronuncia una palabra demoledora: “Esta generación es mala...” Si dijo esto a sus oyentes hace 2.000 años, ¡cuánto más a los nuestros! Las guerras, la explotación de la naturaleza, la pobreza y el hambre continuos en grandes partes del mundo, una economía global injusta... nos entristecen, incluso nos deprimen. Y los católicos tampoco estamos en una fase de optimismo. Hay mucha incertidumbre en la Iglesia sobre cómo afrontar los cambios. La comprensión del matrimonio y de la familia, la protección de la vida no nacida, la dignidad e inviolabilidad del ser humano hasta la muerte natural, etc. Lo que antes parecía claro, de repente se ha vuelto turbio.

Una iglesia misionera debe enfrentarse con la realidad. El organismo de este mundo sufre de muchas enfermedades. Sin diagnóstico, no hay cura. Por lo tanto, es nuestro deber contradecir desde la luz del Evangelio cuando la gente intenta vendernos a lo blanco como negro y a lo negro como blanco. Los valores del Evangelio son claros y nos permiten emitir un juicio: “¡Esta generación es mala!” Jesús lo dice muy claro y apodíctico.

También nos gustaría una señal. Hay un gran anhelo en la iglesia por una “poción mágica”, como en la historia de “Astérix y Obélix”. Un sorbo y los cristianos volveremos a tener éxito... Algunos en la iglesia quieren volver a las viejas costumbres, otros quieren ser “modernos” y adaptarse al espíritu de los tiempos. Ni lo uno ni lo otro nos llevarán al futuro.

Jesús responde a la generación de hace 2.000 años, que exigía signos milagrosos terrenales para tener éxito en la tierra, con una invitación al arrepentimiento. ¿A dónde debería dirigirse la generación malvada? ¡A Jesús! Se señala a sí mismo: ¡He aquí uno que es más que Salomón! ¡Aquí hay uno que es más que Jonás! Aquí hay quien abre la puerta al corazón del Padre.

Sólo podremos cambiar el mundo si nos convertimos a Jesús y su “programa”. Por supuesto que los cristianos queremos cambiar, mejorar y sanar este mundo terrenal. Jesús también hizo eso. Pero el éxito terrenal es temporal. Jesús obra la plenitud de la redención a través de su muerte. Lo real que Jesús quiere traer a un mundo tan lleno de miseria es amor y justicia. O en sus palabras: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18, 36).

Martes, 15 de octubre de 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Memoria obligatoria de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia

Gal 5, 1-6; Ps 119; Lc 11, 37-41

Las palabras dirigidas a los fariseos son fuertes, desafiantes, pero hay que escucharlas con especial atención. Escuchemos nuevamente estas palabras: “Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro reboáis de rapiña y maldad. ¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Con todo, dad limosna de lo que hay dentro, y lo tendréis limpio todo” (Lc 11, 39-41). ¿Qué hay que limpiar? ¿El interior o el exterior? Dentro de vosotros estáis llenos de avaricia y de maldad... El problema no es el exterior, la apariencia, sino nuestro corazón, todo el mal que en él podemos esconder: la avaricia, la maldad y toda clase de malos pensamientos.

En efecto, el Señor nos invita a reflexionar sobre nuestra hipocresía, sobre nuestras apariencias, sobre todo lo que hacemos para quedar bien, mientras nuestro corazón no corresponde a lo que presentamos exteriormente. Nos invita a cuidar nuestro corazón, lo que nos hace profundos en nuestro ser. Como siempre, el Señor nos invita a una conversión radical. Aquí propone que demos todo lo que tenemos como limosna y todo nos quedará limpio. Ya no queremos aferrarnos a más y más, acumular riquezas o quedar bien, a riesgo de ser egocéntricos.

El Señor nos invita así a la limpieza, pero no a cualquier limpieza. No se trata de un formalismo legal, de abluciones repetidas, de lavados cuidadosos o incluso de alejarse de los pecadores que parecen rezumar impureza. No se trata de evitar las tumbas y la contaminación casual. La única limpieza es la del interior, explica Jesús: nada de lo que viene de fuera puede contaminar al hombre, porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde surgen los designios perversos (Mc 7, 14-23). Esta es una enseñanza nueva y liberadora que a los discípulos les resulta difícil captar, comprender. Sin duda es más fácil para cada uno de nosotros lavar el exterior que limpiar el interior, nuestros pensamientos íntimos, nuestro corazón y todas las maldades que puede contener, todo el mal que muchas veces deseamos a los demás.

Lo que aquí se pone de relieve es la sencillez de la fe y del amor, la dirección hacia la que deben gravitar los discípulos, es decir, el corazón puro: bienaventurados los limpios de corazón, ellos verán a Dios (Mt 5, 8). Esta pureza es la del centro de la persona, encerrado en la palabra espíritu. Los pobres de corazón son también pobres de espíritu. Es el centro y el todo de la persona. Pensemos en el Salmo 34, 19 donde está escrito: “el Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos”. Estos pobres forman parte de la gran familia de aquellos que han sido sometidos a pruebas materiales y espirituales y sólo pueden contar con la ayuda del Señor. Cada uno de ellos puede decir con seguridad: “yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí” (Sal 40,18). La evangelización de los pobres, con

milagros, es el signo dado por Jesús a los enviados por Juan Bautista, para que reconozcan que él es el Mesías esperado (Mt 11, 5). El pobre espera la salvación del Señor y, confiadamente, espera y realiza la voluntad de su Señor. Su alma responde a sus deseos y mandatos. Está seguro de que su clamor y oración llegarán al oído del Señor que lo salvará según su promesa. Ya puede cantar las alabanzas del Señor.

Fue para que fuéramos libres que Cristo nos hizo libres, explica el apóstol Pablo. Por lo tanto, estamos invitados a mantenernos firmes. No dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud (Gal 5, 1), explica el apóstol. Para ver a Dios, para presentarse ante Él, ya no en su templo de Jerusalén, sino en su Reino, la pureza moral en sí misma ya no basta. Requiere la presencia activa del Señor en la vida diaria; requiere amor, la presencia de Dios-Amor; entonces el Hombre será puro de principio a fin. De hecho, Jesús explica a sus apóstoles: “vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn 15, 3). “Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios” (Jn 13, 10).

Hablando de comida, Pedro llega a una triple conclusión. Ya no hay alimentos impuros (Hechos 10, 15; 11, 9); los mismos incircuncisos ya no están contaminados (Hechos 10, 28); es por la fe que Dios purifica ahora los corazones de los gentiles (Hechos 15, 9). Pablo aclara esta cuestión de la pureza afirmando que para el cristiano “nada es impuro por sí mismo” (Romanos 14, 14). Desaparecido el régimen de la antigua Ley, las observancias de la pureza se convierten en “prescripciones infantiles” de las que Cristo nos ha liberado (Gal 4, 3, 9; Col 2, 16-23). Cristo se entregó por la Iglesia para santificarla purificándola con el baño del agua (Ef 5, 26). No se trata de purificación externa, pues las aguas del bautismo nos liberan de toda mancha asociándonos a Jesucristo resucitado (1 Ped 3, 21ss). En efecto, somos purificados por nuestra esperanza en Dios que, por medio de Cristo, nos ha hecho hijos adoptivos (1 Jn 3, 3). Como cristianos, debemos, de ahora en adelante, purificarnos de toda contaminación del cuerpo y del espíritu para poder completar la obra de nuestra santificación (2 Cor 7, 1). Todo es limpio para los limpios (Tit 1, 5) y ahora lo que cuenta ante Dios es la disposición profunda de un corazón regenerado y renovado (1 Tim 4, 4). El amor que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera (1 Tim 1, 5). ¡Qué gozo es servir al Señor con conciencia limpia! (2 Tim 1:3) Lo opuesto a la impureza es la santidad (1 Tes 4, 7; Rom 6, 19). De hecho, estamos invitados a ir al encuentro de Cristo, muerto y resucitado; es él quien nos purifica y nos libra de todo mal.

¿Cómo podemos evangelizar si nos apartamos de las personas que consideramos impuras, pecadoras y contaminadas? ¿Cómo podemos evangelizar si no acudimos a nuestros contemporáneos, a nuestros hermanos y hermanas humanos, cualesquiera que sean sus convicciones religiosas y grados de santidad? Corresponde a cada uno de nosotros, discípulos-misioneros, dejar brotar de nuestro corazón puro la justicia y la fe, la caridad y la paz, sin olvidar el dinamismo misionero. El Espíritu nos es dado para progresar por el camino de la santidad, del amor y de la justicia. La Iglesia nos ofrece los sacramentos y otros medios para seguir al Señor Jesús. Vosotros que buscáis la justificación por la Ley, si os habéis separado de Cristo, estáis caídos de la gracia si no confiáis en la misericordia y la ternura de Dios, si no creéis en el Espíritu santificador. Discípulos de Cristo, es por el

Espíritu y en la fe que debemos esperar la justicia esperada y crecer en la santidad. Porque en Cristo Jesús lo que vale no es el hecho de estar circuncidado o no, sino la fe que obra por la caridad.

Miércoles, 16 octubre 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Gál 5, 18-25; Sal 1; Lc 11, 42-46

Jesús en el Evangelio dirige el discurso a los líderes, a los animadores de la experiencia religiosa de Israel. Su forma de hablar es de carácter profético y para ello recurre al uso de los “*ayes*”, que indican oráculos de desventura y por tanto señalan comportamientos de un camino de perdición. Se tratan de advertencias, al igual como Pablo señala a los Gálatas en la primera lectura las “obras que proceden del desorden egoísta del hombre”, y que los alejan del Reino de Dios.

Estos vicios hacen perder la vida del Espíritu, y contrastan con los frutos que desde una vida espiritual se esperan, a saber: “el amor, la alegría, la paz, la generosidad, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio de sí mismo”.

Detengámonos ahora en cada uno de los comportamientos y actitudes que Jesús quiere corregir para que se redireccionen en armonía con el Reino:

“¿Ay de ustedes, fariseos, porque pagan diezmos hasta de la hierbabuena, de la ruda y de todas las verduras, pero se olvidan de la justicia y del amor de Dios!” (11,42a)

Jesús no está atacando la Ley en sí (ver Dt 12,22; Lv 27,30), sino más bien la manera y la razón de exigirla. Los fariseos le han puesto un excesivo celo a las exigencias y han caído en un “detallismo” que los lleva a perder el verdadero sentido de lo que hacen. Esto les lleva a olvidar lo que importa es el Amor de Dios y la Justicia con los hermanos.

A propósito de esto el Papa Francisco nos ha recordado la correcta gradualidad en la predicación del Evangelio:

“Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante”. (EG 35).

“¿Ay de ustedes, fariseos, porque les gusta ocupar los lugares de honor en las sinagogas y que les hagan reverencias en las plazas!” (11,43)

El ser líder religioso otorga cierto prestigio, y un gran peligro es buscar honores o privilegios. En este caso se piensa en sí mismo, en la propia imagen, en el esfuerzo por que los demás los consideren puros y justos, como gente buena. Esta actitud puede hacer perder el sendero misionero y afectar seriamente el anuncio del Evangelio:

De nuevo el Papa Francisco nos ilumina:

La centralidad del *kerygma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena. (EG 165).

“¡Ay de ustedes, porque son como esos sepulcros que no se ven, sobre los cuales pasa la gente sin darse cuenta!” (11,44)

Probablemente esta sea una de las advertencias más graves. Hace eco de la exigencia de pureza en los cementerios según Nm 19,16, según la cual tocar un sepulcro era causa de impureza, razón por la cual había que hacerlos más visibles con la pintura blanca. Lucas interpreta de una manera novedosa: los sepulcros son los líderes religiosos que se destacan (“blanqueados” es una referencia a la visibilidad de que habla el segundo “¡ay!”) y la gente que los rodea continuamente para escuchar sus enseñanzas son los que quedan impuros, porque en el contacto con ellos se contaminan de sus vicios sin darse cuenta. Un evangelizador que no sea fiel al Evangelio puede distorsionar el mensaje y desviar el camino de otros.

“¡Ay de ustedes también, doctores de la ley, porque abruman a la gente con cargas insostenibles, pero ustedes no las tocan ni con la punta del dedo!” (11,46)

Los legistas, a quienes se dirige este último “¡ay!” que consideramos hoy, eran reconocidos por su interpretación rigurosa de la Ley, a ella le agregaban algunas obligaciones que no tenían justificación. Pero ellos, por su parte se las arreglaban astutamente para no hacer lo que le mandaban hacer a los otros. Este “ay” llama la atención a la necesidad de coherencia y compromiso personal con aquello que predicamos.

Acojamos este día en el corazón la exhortación de San Pablo, pues: “Si tenemos la vida del Espíritu, actuemos conforme a ese mismo Espíritu”.

Jueves, 17 octubre 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B

San Ignacio de Antioquía, Obispo y mártir

Ef 1, 1-10; Sal 97; Lc 11, 47-54

Hoy conmemoramos a San Ignacio de Antioquía, Obispo y mártir, y las lecturas nos permiten acercarnos al misterio de la vida del profeta-mártir, del apóstol-mártir. Aunque el evangelio es secuencia del que leímos ayer, el tono dramático hoy es mayor; es tan fuerte que al final Jesús resulta atacado insidiosamente por parte de los escribas y fariseos que lo han invitado a la comida.

Recordemos el contexto: Jesús había sido invitado a comer en casa de un fariseo y su anfitrión parece sorprendido porque Jesús se ha saltado las abluciones rituales, los lavabos antes de comer. Esta cena parece narrada teniendo en vista el denominado simposio griego o sea una comida solemne en la que los invitados en cuanto comían y bebían debatían sobre cuestiones filosóficas. El narrador de Lucas se vale de este escenario tan conocido por sus lectores.

“¿Ay de ustedes, que les construyen sepulcros a los profetas que los padres de ustedes asesinaron!

Esta acusación de perseguir y matar a los profetas, que son la conciencia de todo un pueblo viene haciendo camino en este evangelio de Lucas desde el Sermón de la llanura (Lc 6, 22-23) y va a ser retomado en Hechos de los Apóstoles (Hch 7, 52). Jesús se identifica precisamente como un profeta (Lc 4, 24; 13, 33-34).

La acusación de construir tumbas a los profetas es toda una instigación que Jesús enseguida clarifica con la observación de que la generación actual no es mejor que la anterior, y no hace más que dar continuidad a la matanza sistemática de profetas y enviados de Dios. Precisamente por esta continuidad el hecho de construir sepulcros monumentos y placas como homenaje a los profetas asesinados resulta ser un modo para celebrar su muerte violenta y por lo tanto, aprobarla.

”Por eso dijo la sabiduría de Dios: Yo les mandaré profetas y apóstoles, y los matarán y los perseguirán, para que así se le pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del Mundo”.

Jesús atribuye una cita a la Sabiduría de Dios; lo curioso es que el dicho citado no lo encontramos ni en el Antiguo Testamento ni en los otros escritos peritestamentarios. Se podría percibir aquí una invitación para identificar al mismo Jesús como esa sabiduría personificada.

Jesús predice Entonces el asesinato de algunos de sus misioneros, incluso la suya propia. Pero estas muertes, dice el Señor, no caerán en el olvido ni caerán en la impunidad al

contrario se tendrá que asumir la responsabilidad y las consecuencias del daño recibido. Como diría años después San Ignacio de Antioquía: “Trigo soy de Dios, molido por los dientes de las fieras y convertido en pan puro de Cristo”. La justicia divina, que transforma el mal en bien, alcanzará todos los actos de persecución y de asesinato que se han cometido a lo largo de toda la historia.

De esta manera Jesús deja ver una conexión entre el comportamiento del pueblo de Israel que rechaza profetas y enviados de Dios y lo que va a ocurrir con Él mismo en Jerusalén y luego con sus apóstoles, y posteriormente con tantos misioneros en el mundo hasta el día de hoy.

¡Ay de ustedes, doctores de la ley, porque han guardado la llave de la puerta del saber!

Jesús deja sentir su indignación profética en nombre de Dios contra este grupo de fariseos porque su comportamiento resulta ser una falsa interpretación de la ley y todo esto a pesar de que la tarea de ellos en medio del pueblo era precisamente la de ser de guías, no obstante, resultaban desviando a aquellos que los escuchaban. Ellos tenían “la llave de la puerta del saber” pero parece que ni entraban ni dejaban entrar.

Los misioneros no podemos guardarnos aquello que hemos recibido, pues como escuchamos en la carta a los Efesios: “El ha prodigado sobre nosotros el tesoro de su gracia, con toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad”.

Luego que Jesús salió de allí, los escribas y fariseos comenzaron a acosarlo terriblemente con muchas preguntas y a ponerle trampas para ver si podían acusarlo con alguna de sus propias palabras.

Todo termina en abierta hostilidad. Jesús, quien es abiertamente amigo de los recaudadores de impuestos y de los pecadores, de los excluidos, de los impuros, no se niega a comer con un hombre que pertenece a uno de los grupos más intransigentes en la interpretación de la ley. No obstante, les hace ver cómo han desviado el camino. Han construido una religión hecha de buenas prácticas, pero sin alma liberadora y se refugian en un compromiso externo formal e intransigente, pero sin misericordia ni piedad. Han sofocado así el Espíritu que sopla donde quiere y lo han transformado en un escrupuloso aparato de recetas. Han perdido el norte de su misión que es explicar e interpretar las escrituras. Resultaron malos maestros incapaces de penetrar en el sentido de las escrituras mismas e incapaces de transmitirle a los demás el plan de amor de Dios que se revela en ellas y mucho menos reconocer al Enviado del Padre, Jesús de Nazaret, y se han apartado del plan proyectado por Dios, que como dice San Pablo es: “hacer que todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, tuvieran a Cristo por cabeza”.

Viernes, 18 de octubre de 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B

San Lucas, evangelista (fiesta)

2Tim 4, 9-17b; Sal 144; Lc 10, 1-9

Celebramos hoy la fiesta de san Lucas, el evangelista al que se le atribuye el evangelio que nos ha venido acompañando casi constantemente en los últimos días. Es importante recordar que, en sus dos libros, dedicados a Teófilo (*theo-philos: amigo de Dios*), Lucas articula las dos partes de una misma obra sobre la Ascensión de Jesús (Lc 24,50-53; He 1,6-11). La Ascensión significa tanto la culminación del señorío de Jesús como el envío misionero de los discípulos “hasta los confines de la tierra”. Escribir un evangelio (y los Hechos) es una forma concreta de misión.

Basados en el texto del evangelio de hoy, vamos a poner de relieve la serie de los siete imperativos de un misionero (en realidad sumaríamos diez si le agregáramos los tres que aparecen en los versículos 10-12, que no leemos hoy). Así lo entenderemos un poco más a él y nos entenderemos también a nosotros mismos como discípulos misioneros. Veamos:

- **“¡Rueguen!”** (10,2)

El misionero es ante todo un orante. Como sucede desde Pentecostés, y se confirma en Hch 13,1-3, la misión parte de una comunidad que ora y en ese ambiente es revestida del Espíritu para enviar los que de entre ellos el Señor designe. Sin embargo, los 72 toman conciencia de que aún ellos siendo aparentemente muchos, en realidad son insuficientes: **“los trabajadores son pocos”**.

- **“¡Pónganse en camino!”** (10,3)

La actitud es estar siempre “en salida”. El misionero es conciente de que se aventura en un mundo de múltiples peligros, su vida estará siempre amenazada: **“como corderos en medio de lobos”**. El misionero no va a someter a los demás, él es un hombre de paz. Tal como recuerda el Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de este año: “al proclamar al mundo «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (EG 36), los discípulos-misioneros lo realizan con gozo, magnanimidad y benevolencia, fruto del Espíritu Santo en ellos (cf. Ga 5, 22); sin forzamiento, coacción o proselitismo; siempre con cercanía, compasión y ternura, aspectos que reflejan el modo de ser y de actuar de Dios”.

- **“No lleven”** (10,4^a)

El misionero viaja desprendido de todo. Hay cuatro implementos necesarios para un viaje, de los cuales él se desprende: *dinero*, *morral* para la merienda y la muda de ropa, *sandalias* para las caminatas largas en terreno pedregoso. Esto no quiere decir que se queda “en el aire”, su seguridad está en su fe en Dios que no lo abandona y provee sus necesidades como Padre suyo que es. Esto es tan real que cuando Jesús les pregunte **“Cuando los envíe sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿les faltó algo?”**, Ellos respondieron: **“Nada”** (Lc 22,35).

Una seguridad percibida por Pablo también, y mencionada hoy en la primera lectura: **“...el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara claramente el mensaje de salvación y lo oyeran todos los paganos.”**

- **“No se detengan a saludar... en el camino”** (10,4b),

Indica que el misionero viaja desprendido de todos, nada ni nadie lo distrae para responder a la urgencia de la misión.

- **“¡Digan!”** (10,5)

La proclamación del evangelio comienza por el saludo de la paz: **“Shalom leká”** (ver Jc 6,23; Lc 24,36). No se trata de un formalismo vacío sino de un don que se puede recibir o rechazar.

Este don que saben acoger la **“gente amante de la paz”**, está asociado con la venida de la salvación. Esta paz es el don pascual de Cristo (Lc 24,36; ver también 2,14,29; 19,42; Hch 10,36). Un don lo recibe solo quien está abierto a él.

”El anuncio evangélico comienza siempre con el saludo de paz, y la paz corona y cohesiona en cada momento las relaciones entre los discípulos. La paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col 1,20)”. (EG 229).

- **“¡Quédense!”** (10,7)

El misionero no anda buscando comodidades, por eso se le recomienda no ir de casa en casa sino **“quedarse”** (10,7) y allí **“comer y beber lo que tengan”** (10,8b).

“Quedarse” es entrar a fondo en la realidad y en el tejido relacional de ese hogar que se evangeliza para hacer irrumpir desde dentro el Reino (como Jesús con los discípulos de Emáus: **“¡Quédate con nosotros!... y se quedó con ellos”**, Lc 24,29; o como Pablo en casa de Lidia, Hch 16,15). El misionero debe saber aceptar la hospitalidad, para él es un signo del amor del Dios providente. No sólo hay que saber dar, también hay que saber recibir.

- **“¡Curen!”** (10,9a)

La acción precede al discurso. El misionero se expresa primero con hechos y luego con palabras que ayudan a comprender lo sucedido. En el evangelio de Lucas son muchas las sanaciones que han hecho visible el Reino de Dios (ver 11,20). La llegada del Mesías ha podido ser reconocida por ello. Jesús coloca ahora esta tarea en las manos de sus misioneros.

- **“¡Digan!”** (10,9b)

Así como el Jesús viajero proclama por todas partes la **“Buena nueva del Reino de Dios”** (4,43), el misionero es un proclamador de la irrupción definitiva de Dios en la historia y da testimonio de ello. La misión silenciosa de las obras necesita también de la Palabra, tal como nos lo dice San Juan Pablo II: «no puede haber auténtica evangelización sin la *proclamación explícita* de que Jesús es el Señor», y sin que exista un «primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización» (*Ecclesia in Asia*, 19).

Tengamos presente que el Evangelio es el don más grande del que disponemos los cristianos. Por eso debemos compartirlo con todos los hombres y mujeres que están en busca de razones para vivir.

Bendigamos al Señor por el evangelista Lucas

“Esta es la nueva alianza que Dios hizo con Lucas (cfr. Jr 31,31), puso en su corazón la palabra viva y eterna (Jr 31,33).

Lo sacó de entre los griegos

para que fuera y diera fruto (cfr. Jn 15,16).

Lucas, el médico bien amado (cfr. Col 4,14),

el hermano elogiado por todas las Iglesias

por su predicación del Evangelio (cfr. 2 Cor 8,18).

Judío o griego, ya no hay distinción,

*porque dice la Escritura: 'No será confundido el que cree en Él.
Él mismo es Señor de todos, generoso para quienes le invocan'.
Vino a buscar y salvar a lo que se había perdido (cfr. Lc 19,10).
Vendrán a Él de oriente y occidente
del septentrión y del mediodía,
a tomar parte en el banquete en el Reino de los cielos (cfr. Lc 13,29)".*
(Preparado por el Monasterio Apostólico de Piedra Blanca)

Sábado, 19 de octubre de 2024

XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B

S. Juan de Brebeuf y S. Isaac Jogues, sacerdotes, y sus compañeros, mártires (memoria libre)

Ef 1, 15-23; Sal 8; Lc 12, 8-12

Después del discurso contra los fariseos y rabinos, Lucas nos reporta una instrucción sobre el justo comportamiento de los discípulos en el mundo.

Conviene ponernos en contexto para comprender mejor el Evangelio de hoy. Los discípulos, quienes son conocidos como los “*amigos de Jesús*”, muy pronto serán perseguidos. Pero no deben tener miedo de nada, ni de los enemigos ni del martirio, fuera de Dios, “*No teman... temen más bien a...*” (12,4-5), porque Dios no los abandonará (ver 12,6-7).

“...todo aquel que me reconozca abiertamente ante los hombres, lo reconocerá abiertamente el Hijo del hombre ante los ángeles de Dios; pero a aquel que me niegue ante los hombres, yo lo negaré ante los ángeles de Dios.”

Dios no abandonará a sus discípulos en la persecución. Esta convicción se remarca en el pasaje que leemos hoy:

1. El **Padre** creador los sostendrá así como vela por la vida de sus pajaritos (12,6-7);
2. El **Hijo** los respaldará a la hora del juicio final (12,8-9);
3. El **Espíritu Santo** los asistirá poniendo en sus labios las palabras que necesitan en el momento del interrogatorio ante el tribunal (12,11-12).

Sólo hay un “pero”: Si Dios se compromete con el discípulo perseguido, entonces se le exige también al discípulo firmeza para no echar atrás: debe “*reconocer*” y no “*negar*” que es amigo de Jesús (12,8-9).

Por otra parte, quien ve en el Jesús terreno solamente a un hombre y ofende en él al “Hijo del hombre” (=Mesías), esto se le puede perdonar: “*A todo aquel que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará*” (12,10a); ver por ejemplo en el relato de la Pasión: “*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*”; 23,34).

El problema grave es con aquél que se cierra definitivamente a la acción del Espíritu Santo que se manifiesta en Jesús y en los discípulos, éste estará perdido para siempre: “*Aquel que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará*” (12,10b).

A través de la confesión de fe de los discípulos, el Espíritu Santo estará siempre dando testimonio de Jesús resucitado, exaltado por el Padre desde los abismos de la muerte, y conduciendo a todo hombre a la salvación. Es el Espíritu Santo quien le da a todos la posibilidad de la conversión y del perdón (ver Hch 2,32-41; 3,12-26 y 5,30-32).

Miremos entonces la consecuencia para el perseguidor: precisamente porque es a través del anuncio apostólico sobre Jesús donde obra el Espíritu Santo, aquél que rechace el “testimonio” de los discípulos no podrá ser perdonado, porque despreció la posibilidad del perdón. Esta es la

“blasfemia contra el Espíritu Santo”, la cual lo convierte entonces en *“adversario de Dios”* (como dice Hch 5,39).

Debemos orar como lo hace San Pablo, para que el anuncio sea acogido como lo que es, y a todos
”les ilumine la mente para que comprendan cuál es la esperanza que les da su llamamiento, cuán gloriosa y rica es la herencia que Dios da a los que son suyos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros, los que confiamos en él, por la eficacia de su fuerza poderosa”.

Domingo, 20 de octubre de 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario - Año B

Domingo Mundial de las Misiones (DOMUND)

Is 53, 10-11; Ps 33; Heb 4, 14-16; Mc 10, 35-45

El lema elegido por el Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones es: “Id e invitad a todos al banquete” (Mt 22, 9) El banquete es el de las bodas del Hijo, de Aquel que viene a desposar a toda la humanidad y por tanto quiere invitar a todos al banquete de bodas. Él dice: “El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar” (Mc 10, 39). ¿Qué es este bautismo por Jesús sino sumergirnos en nuestra humanidad desde el nacimiento hasta su pasión y muerte, cuando Él dará su vida por muchos? El Esposo ha sido probado en todos los sentidos y nos ofrece un amor de compasión, misericordia y liberación (salmo del día). Más aún, nos ofrece su vida a cambio: ¡qué gracia más grande, qué don más grande! ¡Estamos invitados a una boda sublime, maravillosa y misericordiosa! (segunda lectura).

El Novio habla de servirnos, lo cual no es nuestra costumbre nupcial. Él es el siervo que fue aplastado por el sufrimiento y que reivindicará a la multitud de sus hermanos en la humanidad (primera lectura). Así, en el menú del banquete, se ofrece a servirnos la salvación, nada menos. Su sacrificio, ofrecido en la Sagrada Eucaristía, es una gracia curativa para nuestra humanidad herida. Sí, de él esperamos nuestra vida nueva, canta el salmo, que su amor esté con nosotros, nuestra esperanza está en él. Invitemos a todos al banquete de la Eucaristía, a las bodas del Cordero: ésta es nuestra misión universal, ad gentes, ante todos los pueblos. En su mensaje de hoy, el Papa Francisco nos dice: “mientras el mundo propone los distintos “banquetes” del consumismo, del bienestar egoísta, de la acumulación, del individualismo; el Evangelio, en cambio, llama a todos al banquete divino donde, en la comunión con Dios y con los demás, reinan el gozo, el compartir, la justicia y la fraternidad. Esta plenitud de vida, don de Cristo, se anticipa ya desde ahora en el banquete de la Eucaristía que la Iglesia celebra por mandato del Señor y en memoria de Él. Y así, la invitación al banquete escatológico, que llevamos a todos a través de la misión evangelizadora, está intrínsecamente vinculada a la invitación a la mesa eucarística, donde el Señor nos alimenta con su Palabra y con su Cuerpo y su Sangre” (Mensaje para el Domingo Mundial de las Misiones).

Miremos la vida de una mujer bautizada para ver lo que significa recibir la gracia de servir a nuestros seres queridos, incluso hasta el punto de beber la copa del sufrimiento y el sacrificio. El Papa Francisco nos propone el ejemplo de Josephine Bakhita de Sudán: “Nacida en Darfur – ¡el martirizado Darfur! – en 1869, fue secuestrada de su familia cuando tenía siete años y esclavizada. (...) Pasó a través de ocho dueños – uno vendía al otro... Los sufrimientos físicos y morales de los que fue víctima de pequeña la dejaron sin identidad (...) Pero ella misma testimonió: “Como esclava no me desesperé nunca, porque sentía una fuerza misteriosa que me sostenía” (...) ¿cuál es el secreto de santa Bakhita? Sabemos que a

menudo la persona herida a su vez hiere; el oprimido se convierte fácilmente en opresor. Sin embargo, la vocación de los oprimidos es la de liberarse a sí mismo y de los opresores convirtiéndose en restauradores de humanidad. Solo en la debilidad de los opresores se puede revelar la fuerza del amor de Dios que libera a ambos. Santa Bakhita expresa muy bien esta verdad. Un día su tutor le regala un pequeño crucifijo, y ella, que nunca había poseído nada, lo conserva como un tesoro celoso. Mirándolo experimenta una liberación interior porque se siente comprendida y amada y por tanto capaz de comprender y amar: esto es el inicio. Se siente comprendida, se siente amada, como consecuencia capaz de comprender y amar a los otros. De hecho, ella dirá: “El amor de Dios siempre me ha acompañado de forma misteriosa... El Señor me ha querido mucho: es necesario querer a todos... ¡Es necesario compadecer!”. Esta es el alma de Bakhita. Ciertamente, com-padecer significa padecer con las víctimas de tanta inhumanidad presente en el mundo, y también compadecer a quien comete errores e injusticias, no justificando, sino humanizando. Esta es la caricia que ella nos enseña: humanizar. Cuando entramos en la lógica de la lucha, de la división entre nosotros, de los malos sentimientos, uno contra otro, perdemos la humanidad. Y muchas veces pensamos que necesitamos humanidad, de ser más humano. Y este es el trabajo que nos enseña santa Bakhita: humanizar, humanizarnos a nosotros mismos y humanizar a los otros.

Santa Bakhita, se hace cristiana, es transformada por las palabras de Cristo que meditaba cotidianamente: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Por esto decía: “Si Judas hubiera pedido perdón a Jesús también él habría encontrado misericordia”. Podemos decir que la vida de santa Bakhita se ha convertido en una parábola existencial del perdón. Qué bonito decir de una persona “ha sido capaz, ha sido capaz de perdonar siempre”. Y ella fue capaz de hacerlo siempre (...) El perdón la hizo libre. El perdón primero recibido a través del amor misericordioso de Dios, y después el perdón dado la ha hecho una mujer libre, alegre, capaz de amar. Bakhita pudo vivir el servicio no como una esclavitud, sino como expresión del don libre de sí. Y esto es muy importante: hecha sierva involuntariamente – fue vendida como esclava - después ha elegido libremente hacerse sierva, llevar las cargas de los demás sobre sus hombros” (Catequesis 22 La pasión por la evangelización).

Finalmente, la llamada a beber la copa y dar la vida puede invitar a los discípulos misioneros a dar la vida por Cristo. Son nutridos en el banquete de la Eucaristía y llamados a conformar su vida a este misterio de amor nupcial. Como Jesús dio su vida por nosotros, ellos pueden dar su vida por amor a él y a sus seres queridos. Así lo explica el Papa Francisco, inspirado en el martirio de San Lorenzo: “San Agustín subraya a menudo esta dinámica de gratitud y de intercambio gratuito del don. Esto es, por ejemplo, lo que él predicaba con ocasión de la fiesta de san Lorenzo: «Ejercía el oficio de diácono. Allí administró la sagrada sangre de Cristo y allí derramó la suya por el nombre de Cristo. El misterio de esta cena lo expuso con toda claridad el bienaventurado apóstol Juan al decir: “Como Cristo entregó su vida por nosotros, así también nosotros debemos entregarla por nuestros hermanos” (1 Jn 3, 16). Esto, hermanos, lo entendió san Lorenzo; lo comprendió y lo realizó. En efecto, preparó cosas semejantes a las tomadas en aquella mesa. Amó a Cristo en su vida y le imitó en su muerte» (Sermón 304, 14; PL 38, 1395-1397). Así san Agustín

explicaba el dinamismo espiritual que animaba a los mártires”. (Catequesis 11 La pasión por la evangelización).

El Concilio Vaticano II nos recuerda que “el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a El en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor” (cf. Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 42). El Papa Francisco explica: “Los mártires, imitando a Jesús y con su gracia, convierten la violencia de quien rechaza el anuncio en una ocasión suprema de amor, que llega hasta el perdón de los propios verdugos. Interesante esto: los mártires perdonan siempre a los verdugos. Esteban, el primer mártir, murió rezando: “Señor, perdónales, no saben lo que hacen”. Los mártires rezan por los verdugos. Si bien son solo algunos a los que se les pide el martirio, «todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (ibid., 42). Pero, ¿esto de las persecuciones es cosa de entonces? No, no: hoy. Hoy hay persecuciones contra los cristianos en el mundo, muchos, muchos. Son más los mártires de hoy que los de los primeros tiempos. Los mártires nos muestran que todo cristiano está llamado al testimonio de la vida, también cuando no llega al derramamiento de la sangre, haciendo de sí mismo un don a Dios y a los hermanos, imitando a Jesús” (Catequesis 11).

En este Domingo Mundial de las Misiones, respondamos al llamado de todos los bautizados a servir y dar nuestra vida. Invitamos a todos a descubrir la riqueza de nuestra espiritualidad cristiana y de nuestro banquete eucarístico, donde Jesús da su vida por nosotros y nos da la gracia de hacer lo mismo por los demás. Oremos por la gran misión universal de los bautizados y apoyémosla concretamente a través de nuestra ofrenda económica, dedicada íntegramente a la Sociedad para la Propagación de la Fe, obra pontificia que ayuda a las Iglesias jóvenes. Mantengámonos firmes en la afirmación de nuestra fe, que tiene como modelo a Jesús Siervo y Sumo Sacerdote, que hoy da de nuevo su vida en el banquete de su Eucaristía. ¡Vamos a invitar a todos a este banquete del verdadero alimento, el pan de vida eterna!

Finalmente, incluso si somos tentados a quedarnos en el banquete, a quedarnos con Jesús, siempre existe la llamada a la misión. Cristo dice; Ve. “Sin embargo, no hay estar sin ir. De hecho, seguir a Cristo no es un hecho intimista: sin anuncio, sin servicio, sin misión la relación con Jesús no crece. Notamos que en el Evangelio el Señor envía a los discípulos antes de haber completado su preparación: pocos después de haberlos llamado, ¡ya les envía! Esto significa que la experiencia de la misión forma parte de la formación cristiana. Recordemos entonces estos dos momentos constitutivos para todo discípulo: estar con Jesús e ir, enviados por Jesús” (Catequesis 4).

¿Por qué invitar, por qué anunciar este banquete a todos? El Papa Francisco continúa: “Por qué anunciar. La motivación está en cinco palabras de Jesús que nos hará bien recordar: «Gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (v. 8). Son cinco palabras. ¿Pero por qué anunciar? Porque gratuitamente yo he recibido y debo dar gratuitamente. El anuncio no parte de nosotros, sino de la belleza de lo que hemos recibido gratis, sin mérito: encontrar a Jesús, conocerlo, descubrir que somos amados y salvados. Es un don tan grande que no podemos

guardarlo para nosotros, sentimos la necesidad de difundirlo; pero con el mismo estilo, es decir con gratuidad. En otras palabras: tenemos un don, por eso estamos llamados a hacernos don; hemos recibido un don y nuestra vocación es hacernos nosotros don para los otros; está en nosotros la alegría de ser hijos de Dios, ¡debe ser compartida con los hermanos y las hermanas que todavía no lo saben! Este es el porqué del anuncio. Ir y llevar la alegría de lo que nosotros hemos recibido” (Catequesis 4 La pasión por la evangelización).

Lunes, 21 octubre 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

~~Ef 2, 1-10; Sal 99; Lc 12, 13-21~~

Estamos en la Semana Misionera, y las enseñanzas de Jesús continúan iluminando nuestro ser y hacer como discípulos misioneros. Los textos de hoy invitan desde la primera lectura a abandonar “los criterios de este mundo” que se mueven por “los instintos, deseos y pensamientos de nuestro desorden y egoísmo”; y nos invitan a acoger a Cristo y “la incomparable riqueza de su gracia y de su bondad para con nosotros”. El episodio del Evangelio es una excelente oportunidad para que Jesús nos redirija acorde a los criterios que emanan de la misericordia y el amor manifestados por Dios en Cristo.

Una persona en la calle aborda a Jesús para pedirle que haga de mediador en un conflicto familiar. Se trata del hermano menor que está haciendo reclamación de legítimo derecho de la herencia a su hermano mayor quien parece haberla acaparado. (12,13)

Jesús se niega a intervenir en el litigio (12,14). Con sus palabras da a entender que no se le ha dado un poder judicial para poder dirimir el asunto, pero sobre todo tiene otro argumento que ya había aparecido en el debate con los fariseos: “Eviten toda clase de avaricia” (12,15: ver 11,39) La avaricia es un indicador de vivir con “los criterios de este mundo”. Además, como dice San Pablo: “La avaricia es la raíz de todos los males” (1Tim 6, 10).

La avaricia, el amor al dinero, se expresa como un deseo a veces compulsivo, de llenarse de cosas, vivir en la “abundancia de bienes” (12,15b). Aquí entra el tema de la “vida”. ¿Qué es lo que “asegura” la vida?, es decir, ¿Qué es lo que le da contenido, alegría, plenitud? ¿Qué la sostiene aquí y qué la garantiza al final de la muerte biológica?

El rico insensato de la parábola es un hombre que desea ardientemente “vivir”, pero que en realidad camina en la dirección contraria a sus mismos propósitos: va hacia la ruina.

El rico cree estar haciendo un ejercicio inteligente cuando reflexiona sobre lo que hará para conservar su cosecha y tener la vida asegurada para el futuro: derribará, construirá, guardará allí todo lo que tiene, y se dará una buena vida, con la seguridad de que cuenta con buenas reservas. Se trata de todo un ejercicio de planificación de una empresa sostenible. Pero el que se creía inteligente en el manejo de sus recursos, terminó haciendo algo insensato; olvidó que su vida era un don, y que la “buena vida” es un don que viene de Dios y no de los bienes acumulados.

Los criterios de Dios son otros:

- Los bienes no son para uno solo sino para compartirlos. Hay que vencer la “avaricia”.
- Los bienes materiales no “aseguran” la vida, solo Dios es el único que la puede dar y conservar.
- La vida terrena es limitada y finita, por eso Dios “con Cristo y en Cristo nos ha resucitado, y con él nos ha reservado un sitio en el cielo”. La planificación más inteligente que podemos hacer es la de nuestro futuro en la eternidad de Dios.

El buen discípulo es el que “se hace rico de lo que vale ante Dios” (12,21), reconociendo los bienes materiales como necesarios pero relativos con relación al destino final de la vida. Todo es don de Dios. Por lo tanto, nos hacemos ricos en el “dar”, incluso “dar desde nuestra pobreza” y en “hacer el bien que Dios ha dispuesto que hagamos”. Esto hace nuestro corazón semejante al de Dios, con quien deseamos vivir en comunión eterna.

Martes, 22 octubre 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 2, 12-22; Sal 84; Lc 12, 35-38

Aún muchos en el mundo recuerdan con gratitud el enorme empeño misionero de San Juan Pablo II, quien hasta los últimos días de su vida terrena no dejó de predicar con ahínco y determinación la Buena Noticia de Nuestro Señor Jesucristo, pues estaba plenamente convencido que “Cristo vino para anunciar la buena nueva de la paz, tanto a ustedes, los que estaban lejos, como a los que estaban cerca. Así, unos y otros podemos acercarnos al Padre, por la acción de un mismo Espíritu”.

Las palabras inaugurales de San Juan Pablo II siguen resonando en nosotros: «**¡No tengan miedo! ¡Abran - aún más - abran de par en par las puertas a Cristo!**». Incluso ante la muerte, pidió a Dios para que “su pascua” fuera útil a la “*causa más importante a la que trato de servir: la salvación de los hombres, la salvaguarda de la familia humana y, en ella, de todas las naciones y pueblos; que sea útil para las personas que de manera particular me ha confiado, para la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.*”

Podríamos afirmar que en la persona de San Juan Pablo II se puede contemplar a aquellos “Dichosos a quienes su señor, al llegar, encuentre en vela”.

El buen discípulo, tiene la mirada puesta en la meta. Él, con el corazón puesto en Dios (Lc 12,22-32) y en el ejercicio de la caridad (Lc 12,33-34), camina hacia la plenitud con “*la túnica puesta*” y con “*las lámparas encendidas*” (12,35) en el presente.

La parábola “de los servidores vigilantes”, que estamos leyendo hoy, presenta al discípulo precisamente como un “servidor” que sabe esperar la llegada de su “señor”. Esta parábola presenta dos momentos:

De los servidores hacia su Señor

Según la primera parte de la parábola (12,35-36), la espera del Señor se hace con “*la túnica puesta (ceñida)*” y las “*lámparas encendidas*”.

- Las “*túnicas puestas (ceñidas)*”. Normalmente dentro de la casa la gente andaba con la túnica suelta, sin correa; es el equivalente de estar con ropa cómoda. En cambio, “estar con el cinturón” era propio de quien estaba pronto para el trabajo o para un viaje, por ejemplo en Ex 12,11; recordemos también que Jesús se “ciñe” para servir en la última cena.
- Las “*lámparas encendidas*”. Las lámparas de la casa se apagaban cuando la familia se iba a dormir. Por eso “lámpara encendida” es señal de actividad en la casa. Para Mt 5,16 estas lámparas son las “*buenas obras*” y su irradiación evangelizadora.

Con estas dos imágenes, Jesús enseña que el discípulo que sabe vivir la “espera” es aquel que sabe “vigilar”. La vigilancia es lo contrario del irse a dormir o entrar en situación de reposo. El Evangelio no permite descuido, no da espacio para la pereza, no tiene reposo. “Vigilar” es estar siempre listo para la acción, es estar siempre en forma para poder vivir los requerimientos propios del Evangelio (“túnicas ceñidas”) y para irradiarlos a los demás hermanos (“lámparas encendidas”).

Del Señor hacia sus servidores

La segunda parte de la parábola (12,37-38), se refiere al premio a aquellos que “*encuentre en vela*” (12,37) y “*esperando*” (12,38). Su recompensa se describe con el máximo calificativo que da el evangelio: “*¡Dichosos!*”. Esto quiere decir, que en su actitud de espera, de apertura al futuro de Dios, todo ser humano vive su verdadera felicidad. Y este calificativo que ennoblece el presente está seguido por un don todavía mayor en el futuro: Jesús será para él como un siervo, es decir, nos ofrece todos los dones de su servicio a lo largo de su ministerio.

La referencia a los diversos momentos de la noche nos recuerda la importancia de la perseverancia. Es fácil y común llegar a cansarse en este caminar, por eso: dichoso al que el Señor “*lo encuentre haciendo lo que debe*”.

Miércoles, 23 de 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 3, 2-12; Is 12, 6; Lc 12, 39-48

Puede que nos llame la atención esta última frase del evangelio de hoy: “Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá”. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido del Señor? No tenemos nada. Todo proviene del Señor: nuestros padres, nuestra vida, lo que hemos adquirido durante nuestra vida, la educación, la formación, los bienes materiales y espirituales y por supuesto lo que cada uno de nosotros ha llegado a ser. La pregunta es: ¿qué hemos hecho con todo lo que hemos recibido?

Jesús nos pide que no imitemos al siervo, al que no le importa el regreso de su Señor. Escuchemos una vez más: “Si aquel criado dijere para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles”. Por supuesto, podemos pensar en el fin del mundo, pero me parece que es cada día cuando el Señor viene a nosotros, que nos desafía y nos pregunta si estamos en servicio todavía. ¿Estamos al servicio de Dios, de la Iglesia, de nuestros hermanos y hermanas?

En los relatos y discursos evangélicos no encontramos ninguna invitación a trabajar ni instrucciones sobre el trabajo. Pero se dice que Jesús era un “artesano” (Mt 6, 3), hijo de un carpintero (Mt 13, 55). Sus primeros discípulos fueron pescadores (Mt 1, 16-20), uno era recaudador de impuestos (Mt 2, 14). Se pasará de una profesión aprendida del padre, y cuya función es asegurar la subsistencia de la familia, a un oficio suscitado por una “vocación” carismática, promovida por Dios o por uno de sus portavoces, para crear una nueva actividad para el bien de la multitud, un poco como Moisés, David y otros guías de Israel. Pensemos en Eliseo y Amós, agricultores o ganaderos, que se convirtieron en profetas. Los apóstoles, por ejemplo, cambiaron su vida profesional a causa de su encuentro con Jesús, el Cristo. Este no es una forma de promoción, según los parámetros humanos. Más bien, es una llamada a convertirnos en 'siervos' del Señor para una obra de carácter espiritual, que implicará persecuciones (Mt 5, 11-12), humillaciones (Mt 23, 11-12) e incluso el don de la vida. (Mt 16, 25; 23, 34-35).

En las parábolas se mencionan varios tipos de trabajo: el sembrador (Mt 13, 3), el labrador (Mt 20, 1), el mercader de perlas (Mt 13, 45), el criado (Mt 24, 45), el administrador (Lc 16, 1), pero también la ama de casa que amasa harina (Mt 13, 33). Es una invitación a amar la diligencia en el trabajo, junto con la atención y sabiduría, cualidades que hacen fiable al siervo (Mt 8, 9; 24, 45; 25, 21). También se fomenta el sentimiento de confianza en un resultado seguro, el resultado del trabajo bien hecho (Mt 7, 24-25; 24, 46; 25, 29). No hay ningún mérito en ser digno de Dios, pues cada uno debe considerarse un “siervo inútil”, contento simplemente con haber cumplido con su deber (Lc 17, 10).

¿Necesitamos hablar del ministerio de enseñanza y sanación que los discípulos deben llevar a cabo al seguir a Jesús? (Mt 9, 37-38; Jn 5, 17; 9, 4). ¿Deberíamos comparar este trabajo con el del labrador, el sembrador, el cosechador, el pastor o el pecador? Este trabajo produce frutos, o se espera un salario, una recompensa por el servicio prestado (Mt 10, 10; 20, 2; Lc 10, 7). Pero seguramente ¿es esto una metáfora? Se valoran los compromisos de carácter espiritual. El Maestro orienta el deseo hacia recompensas celestiales duraderas que colmen de felicidad suprema. Debemos ir más allá de la crítica de Qohelet a la vanidad de la actividad humana. “Si alguno no quiere trabajar, que no coma” (2 Tes 3, 10). Este es el consejo del apóstol Pablo. El que roba, que no robe más; más bien, que se tome la molestia de trabajar honestamente con sus manos, para tener algo que compartir con los necesitados (Ef 4, 28). No sólo debemos sustentarnos a nosotros mismos, sino también compartir con los demás, especialmente con los desfavorecidos. En este ámbito, Pablo se presenta como un ejemplo a imitar. De hecho, la obra de Cristo y de los discípulos imita la de Dios mismo (Jn 4, 34; 5, 17; 17, 4). Se convierte en modelo inspirador para todos los sectores y modalidades del trabajo humano, introduciendo no solo el principio de “servicio” (Lc 22, 26-27; Jn 13, 13-17), de “gratuidad” (Mt 10, 8; 2 Cor 11, 7), sino también de la renuncia a la acumulación de bienes (Mt 10, 10). La generosidad es fuertemente deseada, porque permite que otros se beneficien del fruto del propio trabajo (Mt 19, 21). ¿No es este compartir un signo claro de amor?

El trabajo asumido como “servicio” (diakonia) y ordenado por el Señor da frutos para todos (1 Cor 9, 22). Por eso es importante tener colaboradores, buenos colaboradores, en la preciosa tarea de anunciar el Evangelio, que sean, en definitiva, “colaboradores de Dios” (1 Cor 3, 9; Mc 16, 20). El trabajo misionero se puede comparar con el trabajo agrícola (1 Cor 3, 5-9) y/o de construcción (1 Cor 3, 10,14). Pero hay que reconocer que sólo Dios es quien hace crecer la planta (1 Cor 3, 7). Sólo Cristo es el fundamento sólido del edificio que es la Iglesia (1 Cor 3, 11).

Por eso es importante dar gracias al Señor cuando lo que hacemos tiene éxito: “Dad gracias al Señor, invocad su nombre, | dad a conocer sus hazañas a los pueblos” (Sal 105, 1). Dilo de nuevo: “¡Sublime es su nombre!” Dios nos elige para cooperar en su misión, en la Missio Dei, aunque seamos frágiles, pecadores y pequeños. Escucha a Pablo: “del cual soy yo servidor por la gracia que Dios me dio con su fuerza y su poder. A mí, el más insignificante de los santos, se me ha dado la gracia de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo” (Ef 3, 8). Demos gracias y que el Señor nos siga llenando de sus dones, de su Espíritu que nos hará extraordinarios trabajadores y misioneros tras las huellas de Pablo, Pedro, San Juan Pablo II, Benedicto XVI, el Papa Francisco y todos los testigos de Cristo Jesús.

Jueves, 24 de octubre de 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Memoria libre de san Antonio María Claret

Eph: 3, 14-21; Ps 33; Lc 12, 49-53

Pablo, el misionero en el mundo gentil, oró sin cesar desde su lugar de reclusión por las misiones. Está firmemente convencido, y con razón, de que la oración es una condición sine qua non para que las obras de las misiones lleguen a buen término. Por eso las Obras Misionales Pontificias (OMP) piden siempre, además de los donativos materiales, que también y, siempre, se ofrezcan oraciones por las misiones.

Por tanto, debemos aprender del ejemplo de San Antonio María Claret, “padre espiritual de Cuba”. Antes de emprender su viaje misionero, realizó tres peregrinaciones distintas a Nuestra Señora del Pilar, Patrona de España; a la Virgen de Montserrat, Patrona de Cataluña y Nuestra Señora de Fucimanya cerca de su pueblo. Al hacerlo, se estaba preparando para “prender fuego a la tierra” con el amor de Dios.

Por tanto, siguiendo sus huellas, sigamos encomendando las misiones, por intercesión de María nuestra Madre, al Señor. Amén.

Viernes, 25 de octubre de 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

~~Eph: 4, 1-6; Ps 24; Le 12, 54-59~~

La misión continúa hasta el infinito. De hecho, la inexistencia de las misiones equivale a la inexistencia de la Iglesia, ya que la iglesia por su propia esencia es misionera (cf AG 2).

Esta afirmación queda claramente demostrada por el testimonio de los primeros Apóstoles. Incluso desde el calabozo de su prisión, San Pablo insta al pueblo de Éfeso a permanecer comprometidos “con la llamada que han recibido”. Este compromiso es necesario por el hecho de que aún hoy, como resuena el salmo responsorial, todavía hay algunas personas que quieren ver el rostro del Señor.

Sin embargo, no se puede descuidar la necesidad de leer los signos de los tiempos, como advierte el Señor en el Evangelio. Por lo tanto, oramos para que el Espíritu Santo nos guíe por “nuevos caminos” en la difusión de la Buena Nueva. ¡Amén!

Sábado, 26 de octubre de 2024

XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 4, 7-16; Ps 122; Lc 13, 1-9

Siempre resulta fascinante la imagen de la iglesia como un mosaico o una orquesta en la que cada persona toca un instrumento diferente pero produciendo una melodía armoniosa. Esto muestra los diversos enfoques de una única misión. Repetidamente san Pablo en sus obras misioneras subrayó esta realidad.

En la 1ª lectura de hoy nos recuerda que algunos son apóstoles, otros profetas, evangelistas, otros pastores y maestros pero todos están llamados a construir el Cuerpo de Cristo: la Iglesia.

Este mosaico (iglesia) se compone tanto de buenos como de malos; pecadores y justos. Sin embargo, sufre una purificación continua mediante el arrepentimiento. Dios que se reveló “compasivo y misericordioso” (cf. Ex 34,6) nos invita siempre, como dice el Señor en el Evangelio, al arrepentimiento y a la purificación o a afinar la orquesta para producir músicas más melodiosas. Al hacerlo, la iglesia pasa del mal al bien; de bueno a mejor y de mejor a lo mejor.

Que María, Reina de las misiones, siga intercediendo por todos nosotros, Amén!!!

Domingo, 27 de octubre de 2024

XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Jer 31, 7-9; Ps 126; Heb 5, 1-6; Mc 10, 46-52

Los gritos de la tierra, sedienta de curación, de justicia, de compartir y de paz, se escuchan en el grito del ciego del Evangelio, que llora más fuerte, dos veces más fuerte. En este Mes Misionero, oramos por la misión universal de anunciar al mundo a Jesús, fuente de vida y salvación para la humanidad. Luego, por invitación de Dios, escuchamos otro grito de sus discípulos-misioneros: “¡Gritad de alegría!” Llaman a la alegría y a la fe: “¡Ánimo, levántate, que te llama!” La Palabra de Jesús actúa en todo el mundo, dondequiera que sea proclamada y acogida. Puede sanar y transformar a la humanidad en medio de lágrimas y sufrimientos de todo tipo. ¡Reúne y forma un pueblo de todos los redimidos!

El Papa Francisco nos recuerda el motivo del anuncio gozoso que se exige a los discípulos misioneros: “¿La razón? ¿Una buena noticia, una sorpresa, un bonito suceso? Mucho más, una persona: ¡Jesús! Jesús es la alegría. Es Él el Dios hecho hombre que ha venido a nosotros. La cuestión, queridos hermanos y hermanas, no es por tanto si anunciarlo, sino cómo anunciarlo, y este “cómo” es la alegría. O anunciamos a Jesús con alegría, o no lo anunciamos (...) Es por eso que un cristiano infeliz, un cristiano triste, un cristiano insatisfecho o, peor todavía, resentido y rencoroso no es creíble. ¡Este hablará de Jesús, pero nadie le creerá! Una vez me decía una persona, hablando de estos cristianos: “Pero son cristianos con cara de bacalao!”, es decir, no expresan nada, son así, y la alegría es esencial. Es esencial vigilar sobre nuestros sentimientos. La evangelización obra la gratuidad, porque viene de la plenitud, no de la presión. Y cuando se hace una evangelización. – se quiere hacer, pero eso no va – en base a ideologías, esto no es evangelizar, esto no es el Evangelio. El Evangelio no es una ideología: el Evangelio es un anuncio, un anuncio de alegría. Las ideologías son frías, todas. El Evangelio tiene el calor de la alegría. Las ideologías no saben sonreír, el Evangelio es una sonrisa, te hace sonreír porque te toca el alma con la Buena Noticia“ (Catequesis 26, la pasión por la evangelización).

En el contexto actual de secularización y en un mundo tan herido por guerras y divisiones, respondamos sin demora a la invitación del Padre que envió a su Hijo para salvarnos: “¡Id e invitad a todos al banquete!” (Mt 22, 9). Somos los testigos que hemos encontrado al Hijo que ha destruido la muerte y ha hecho resplandecer la vida. Nos alimentamos en el banquete que nos ofrece su presencia y su vida en abundancia. Al final de cada banquete somos enviados en el nombre de Cristo: “¡Id!” Con la alegría de tener esta presencia dentro de nosotros, nos propusimos ser sus heraldos en este mundo, esperando luz y esperanza. El Papa Francisco continúa: “La alegría de tener a Jesús resucitado. El encuentro con Jesús siempre te lleva a la alegría y si esto no te sucede a ti, no es un verdadero encuentro con Jesús (...). Inmersos en el clima veloz y confuso de hoy, también nosotros, de hecho, podríamos encontrarnos viviendo la fe con un sutil sentido de renuncia, persuadidos que para el Evangelio no haya más escucha y que ya no valga la pena comprometerse para

anunciarlo. Podríamos incluso ser tentados por la idea de dejar que “los otros” vayan por su camino. Sin embargo, precisamente este es el momento de volver al Evangelio para descubrir que Cristo «es siempre joven y fuente constante de novedad» (Evangelii gaudium, 11). Así, como los dos de Emaús, se vuelve a la vida cotidiana con el impulso de quien ha encontrado un tesoro: estaban felices, estos dos, porque habían encontrado a Jesús, y ha cambiado su vida. Y se descubre que la humanidad abunda de hermanos y hermanas que esperan una palabra de esperanza. El Evangelio es esperado también hoy: el hombre de hoy es como el hombre de todo tiempo: lo necesita, también la civilización de la incredulidad programada y de la secularidad institucionalizada; es más, sobre todo la sociedad que deja desiertos los espacios del sentido religioso, necesita de Jesús. Este es el momento favorable al anuncio de Jesús. Por eso quisiera decir nuevamente a todos: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (ibid.,1). No olvidemos esto” (Catequesis 26, La pasión por la evangelización).

Ante las maravillas que Dios Padre ha realizado en nuestras vidas, que este Mes Misionero, que llega a su fin, nos recuerde nuestra misión de proclamar y dar testimonio de Jesús. Escuchemos también hoy la invitación a ser pescadores de hombres: sentimos que Jesús en persona nos llama a anunciar su Palabra, a dar testimonio de ella en la vida cotidiana, a vivirla en la justicia y en la caridad, llamados a “entregarla hecha carne” cuidando con ternura a quienes sufren. Ésta es nuestra misión: convertirnos en buscadores de los perdidos, oprimidos y desanimados, no para entregarles a nosotros mismos, sino el consuelo de la Palabra, el rompedor anuncio de Dios que transforma la vida, para llevarles la alegría de saber que Él es nuestro Padre y se dirige a cada uno de nosotros, para traernos la belleza de decir: “Hermano, hermana, Dios se ha acercado a ti, escucha y encontrarás en su Palabra un don maravilloso” (Papa Francisco, Homilía, Domingo de la Palabra de Dios, 22 de enero de 2023).

En estos últimos días del Mes de la Misión, recordando el lema: Invitad a todos, hay un mensaje claro aquí para todos los discípulos-misioneros:

Los discípulos misioneros de Cristo siempre han tenido una sincera preocupación por todas las personas, cualquiera que sea su estatus social o incluso moral. La parábola del banquete nos cuenta que, por orden del rey, los siervos reunieron “a todos los que encontraron, malos y buenos” (Mt 22, 10). Es más, “a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos” (Lc 14, 21), en pocas palabras, los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, los marginados de la sociedad, son los invitados especiales del rey. La fiesta de bodas de su Hijo que Dios ha preparado permanece siempre abierta a todos, ya que su amor por cada uno de nosotros es inmenso e incondicional. “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Todos, cada hombre y cada mujer, están invitados por Dios a participar de su gracia, que transforma y salva. Basta decir “sí” a este don divino gratuito, aceptándolo y dejándose transformar por él, poniéndoselo como un “traje de bodas” (cf. Mt 22, 12).

Lunes, 28 de octubre de 2024

XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Fiesta de San Simón y San Judas, Apóstoles

Ef 2, 19-22; Ps 19; Lc 6, 12-19

“Su mensaje se extiende por toda la tierra” resume los hechos heroicos de los apóstoles y de los primeros cristianos en sus esfuerzos misioneros. Hoy celebramos a dos de estos grandes hombres; San Simón y San Judas, quienes dieron sus vidas por la difusión del Evangelio.

A esta gran empresa misionera, el Apóstol de los Gentiles, San Pablo nos dice que “ ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef 2, 19). Es la llamada a la “comunidad, la participación y la misión”, como lo subraya el camino sinodal que la Iglesia está atravesando ahora. Es también una reminiscencia del tema misionero de los bautizados y enviados, en el que todos los bautizados son llamados individualmente por su nombre por el Señor y enviados a trabajar en su viña. Por lo tanto, no podemos quedarnos indecisos o permanecer inactivos en esta gran empresa.

Que por intercesión de los santos Simón y Judas, podamos decir continuamente “sí” a la llamada del Señor a difundir la Buena Nueva hasta los confines de la tierra, a través de nuestras palabras, pero especialmente a través de nuestras obras. ¡¡¡Amén!!!

Martes, 29 de octubre de 2024

XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 5, 21-33; Ps 128; Lc 13, 18-21

La parábola de la semilla de mostaza y la levadura son dos parábolas que muestran cómo la misión (reino) avanza lenta pero seguramente bajo la providencia de Dios. Se hace eco del famoso dicho de la Beata Madre Teresa de Calcuta: "hacer las cosas pequeñas con gran amor".

A veces, nuestros esfuerzos de evangelización pueden parecer minúsculos o insignificantes pero son el grano de mostaza y la levadura necesaria para germinar o crecer para dar frutos después. Nuestros pensamientos y oraciones están dirigidas a todos los grandes misioneros que trabajaron a veces en situaciones muy difíciles y desafiantes, para asegurarse de que se escuche el Evangelio. Ahora recae sobre nosotros la responsabilidad de mantener y seguir aprovechando sus esfuerzos. Podemos hacerlo utilizando como uno de los medios, el paradigma que nos da hoy San Pablo en la 1ª lectura; haciéndonos dóciles y sumisos a la inspiración del Espíritu Santo, y amando incondicionalmente a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. ¡Que el Señor nos ayude ahora y siempre! Amén.

Miércoles 30 de octubre de 2024

XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 6, 1-9; Ps 145; Lc 13, 22-30

La imagen de Jesús como predicador itinerante, en su recorrido por ciudades y pueblos, describe, desde el principio, el camino misionero de la Iglesia. La misión nunca está estancada sino más bien en movimiento.

El Señor también deja claro que la misión no es un safari ni un viaje turístico. Más bien, implica desafíos y dificultades. Es esforzarse por pasar por la puerta estrecha.

Al comienzo de su viaje a Jerusalén, el evangelista Lucas nos cuenta que Jesús partió resueltamente hacia Jerusalén (Lc 9, 51). Incluso cuando se le negó el paso por una aldea samaritana, tomó otra ruta y continuó. Esta es una clara indicación de que hay, y siempre habrá, desafíos asociados con la misión. Sin embargo, el remedio no es renunciar, sino más bien encontrar la fuerza para descubrir nuevas vías para continuar. Que el Señor conceda fortaleza y valentía a todos los misioneros. ¡Amén!

Jueves 31 de octubre de 2024

XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B

Ef 6, 10-20; Ps 144; Lc 13, 31-35

En su mensaje final, san Pablo recuerda a los fieles de Éfeso que deben sacar su fuerza del Señor y de su poder (cf. Ef 6, 10). En otras palabras, los discípulos deben estar anclados en el Señor para poder superar los obstáculos asociados con sus esfuerzos misioneros. Me vienen a la mente las palabras del mismo Señor en el Evangelio de Juan: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada ” (Jn 15, 5). Así, no sólo vencemos a los “zorros” de hoy sino que también damos mucho fruto.

La misión pertenece al Señor. Por tanto, es necesario sacar fuerzas de Él, a través de la celebración de su palabra y de los sacramentos, especialmente la Sagrada Eucaristía. En medio de los desafíos se deben ofrecer oraciones (Misas) por la misión. Tenemos la responsabilidad de solicitar Misas para quienes están en el campo de la misión. Que el Señor siga guiando, bendiciendo y manteniendo bajo su protección a todos los misioneros. ¡Amén!